



Programación Octubre - Noviembre 2013

Fecha	Evento	Invitados	Lugar	Hora	
Octubre	Viernes 25 de Octubre	Recital musical poético	Chico Bauti	Biblioteca Colsubsidio Chicalá - Cra. 87 No. 53 C - 26 sur	10 a 12 m
		Encuentro de narradores internacionales	Raúl Zurita (Chile), Martín Kohan (Argentina) y José Zuleta (Colombia)	Instituto Caro y Cuervo - Cll 10 No. 4 - 69	6 a 8 pm
	Sábado 26 de Octubre	Taller promoción de lectura a cargo de adultos mayores del proyecto "Historias en Yo mayor"	Fundación Fahrenheit 451	Biblioteca Carlos E Restrepo - Dg 19 sur No. 19-33 piso 2	1 a 3 pm
		Taller para niños	Fundación Fahrenheit 451	Biblioteca Colsubsidio Soacha - Dg 6Bis No. 5-95 Antiguas Bodegas 3M	2 a 4 pm
		Gran inauguración ¿De los desaparecidos quién habla? Recital y presentación del cuadro oficial del Festival	Raúl Zurita (Chile), Asociación de Familiares de Detenidos desaparecidos (Asfaddes), Alerta Kamarada y Carlos Alarcón	Auditorio Félix Restrepo, Pontificia Universidad Javeriana - Cra 7 No. 43 - 82	6 a 8 pm
	Lunes 28 de Octubre	Encuentro con mujeres narradoras	Inés Bortagaray (Uruguay), Tatik Carrión y Andrea Echeverri	Biblioteca Colegio Colsubsidio Ciudadela - Cra 110 No. 86-50	9 a 11 am
		Taller para niños	Fundación Fahrenheit 451	Biblioteca Comunitaria Julio Cortázar - Cll 128C No. 96-57	2:30 a 4 pm
	Martes 29 de Octubre	Conversatorio con el escritor colombiano	Tomás González, modera Javier Fandiño	Instituto Caro y Cuervo - Cll 10 No. 4 - 69	6 a 8 pm
	Miércoles 30 de Octubre	Recital de poesía	Neftali Eugenia Castillo (República Dominicana), Jorge Carlos Ruiz (Bolivia) y Diana Carolina Daza (Colombia)	Instituto San Basilio - Cll 136A No. 152A - 77	10:15 a 11 am
		Encuentro con escritores internacionales	Alejandra Costamagna (Chile), Frank Báez (República Dominicana)	Hogar el Camino - Cra 69 No. 47 - 87	3 a 5 pm
Jueves 31 de Octubre	Conversatorio sobre "Lo que no tiene nombre"	Piedad Bonnett	Biblioteca Colsubsidio Usaquén - Cra 7 No. 123 - 65 Piso 6	6 a 8 pm	
	Feliz Cumpleaños muerte: 20 autores le recitan a la muerte	Fundación Fahrenheit 451 y Fundación Común Presencia	Galería Café Libro - Cra 11A 93 - 42	7 a 11 pm	

Fecha	Evento	Invitados	Lugar	Hora	
Noviembre	Viernes 1 de Noviembre	Recital de cuento con autores internacionales	Alejandra Costamagna (Chile), Carlos Castillo Quintero (Colombia)	Colegio Calasanz Bogotá - Cra 20A No. 173A - 10	10 a 12 m
		Encuentro con el cronista colombiano Alberto Salcedo Ramos	Alberto Salcedo Ramos, modera Fundación para la Libertad de Prensa (Flip)	Biblioteca Colsubsidio Cll 63 - Cra 24 No. 62 - 50 piso 5	5 a 7 pm
	Miércoles 6 de Noviembre	Seminario sobre literatura y memoria para el trabajo con adultos mayores	Fundación Fahrenheit 451 y Fundación Saldarriaga Concha	Biblioteca Colsubsidio Cll 63 - Cra 24 No. 62 - 50 piso 5	9 a 1:30 pm
		Sala de lectura itinerante, Tío Mane	Fundación San José del Peñón	Plaza de Mercado Samper Mendoza - Cra 25 No. 22A - 73	1 a 4 am
	Jueves 7 de Noviembre	Encuentro con autor Internacional	Alberto Jodra (España)	Biblioteca Colsubsidio Ciudad Roma - Av. Cra 86 No. 53-40 Piso 2	10 a 12 m
		Recital de narradores	Alberto Jodra (España), Germán Gaviria Álvarez y Sergio Gama	Biblioteca Colsubsidio Usaquén - Cra 7 No. 123 - 65 Piso 6	2 a 4 pm
		Conversatorio con el escritor colombiano Juan Gabriel Vásquez	Juan Gabriel Vásquez	Librería FCE Centro Cultural, Gabriel García Márquez - Cll 11 No. 5-60	6 a 8 pm
	Viernes 8 de Noviembre	Gran concierto de clausura Recital musico-poético homenaje a Miguel Hernández	Paroles Egales: Catherine Ego (Canadá) y Arturo Parra (Colombia)	Auditorio Huitaca, Edificio Bicentenario - Cra 8 No. 10 - 65	6 a 8 pm
Sábado 9 de Noviembre	"Cuentos Balla'os"	Grupo Cununafrro Danza Afrocontemporánea	Biblioteca La Marichuela - Dg 76B No. 1C - 40 sur	3 a 5 pm	
	Lanzamiento de "Enciclopedia no ilustrada de viajes y viajeros"	Sergio Gama	Casa Rústica Bogotá - Cll 70 No. 9 - 41	7 a 8:30 pm	

Los desaparecidos del paisaje

Por Javier Osuna Sarmiento

El siempre vigente Albert Camus aseguró alguna vez que "los únicos muertos que duelen son los que se pueden ver". Esta afirmación, contenida en el que vendría a ser uno de sus libros capitales (*La peste*), podría acoplarse perfectamente a la cruda realidad de nuestros pueblos latinoamericanos, países tristemente acostumbrados a la indiferencia colectiva, al olvido.

Desde que tenemos memoria, conocemos ejemplos palpables de este tipo de amnesia social: la barbarie cometida en contra de los pueblos indígenas (aún mancillados y en lucha); los miles de muertos de las dictaduras empotradas en el continente; la cifra incuantificable de la guerra (sin importar su procedencia); los rostros anónimos de quienes desfallecen en la calle sin alimento y sin vivienda.

Bogotá, nuestra ciudad, pueblo grande habitado por las mismas tristezas y desarraigos que nos dejó la historia (este diálogo indefinido e inconcluso), no escapa de esta lógica de omisiones y licencias narrativas. Se trata, en esencia, del relato de un pueblo que renuncia a contarse su propia historia (salvo honorables excepciones); un pueblo que confiere al poder hegemónico, representado en la ley y la autoridad, la potestad de calcular y nombrar sus muertos (que siempre vivirán).

Detrás de las cifras, los números y la estadística, permanece empozado el magma de a quienes, cobardemente, intentaron suprimir del paisaje a través de la violencia. A su favor podremos

decir que ese intento será siempre fallido. Jamás podrán desaparecer un ser humano. Inútil resulta cercenar su cuerpo, arrojarlo al mar, al río, quemarlo, esconderlo o camuflarlo (aunque parezcan obsesionados con demostrar lo contrario).

Cuando parte el hombre, "deja la tierra más clara", decía el gran Eugenio Montejo. En cada trozo de grama que rodee los contornos de la ausencia, en las manos de un familiar que se rehúsa a decir 'olvido', en el nombre heredado de un nieto que es abuelo, en el pavimento maquiavélicamente dispuesto sobre la fosa, en la naturaleza que abraza generosa el cuerpo inmóvil; allí, donde la poesía clama recuerdo, donde la vida vive en la memoria. Allí nace un nuevo paisaje.

Al menos por un mes, el Festival de Literatura de Bogotá quiere comprometerse con esta maravillosa lucha de restituir su presencia, desaparecidos. No nos han dejado ni se fueron; hemos sido instruidos para no verlos, que es distinto y duele más. Para ustedes, estas palabras insuficientes, tardías; para ustedes, estos 33 eventos, estos poemas y cuentos que recorrerán los barrios y las bibliotecas de Bogotá.

"Entre el pulgar y el índice, la pluma gruesa descansa. Yo cavaré con ella", dijo Seamus Heaney. Ésa, la escritura, es nuestra herramienta para propiciar el encuentro. No se trata de una búsqueda sino de un redescubrimiento, pues ustedes siempre nos han buscado, somos nosotros quienes hemos dejado de encontrarlos, desaparecidos.

ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ
SECRETARÍA DE CULTURA RECREACIÓN
Y DEPORTE
Instituto Distrital de las Artes

Alcalde Mayor de Bogotá
Gustavo Petro Urrego

Clarisa Ruiz Correal
Secretaría de Cultura,
Recreación y Deporte

Martha Lucía Bustos Gómez
Directora de Arte, Cultura y Patrimonio

Santiago Trujillo Escobar
Director del Instituto Distrital de las Artes

Bertha Quintero Medina
Subdirectora de Artes

Valentín Ortiz
Gerencia de Literatura

MINISTERIO DE CULTURA

Mariana Garcés Córdoba
Ministra de Cultura

María Claudia López Sorzano
Viceministra de Cultura

Enzo Rafael Ariza Ayala
Secretario General

Esta publicación ha sido posible gracias al apoyo de la Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte, a través de la Convocatoria de Apoyos Concertados 2013 y al apoyo del Ministerio de Cultura de Colombia, por medio del Programa Nacional de Concertación 2013.

Portada



"Fusilado". Serie "Paredón de fusilamiento"
Carlos Alarcón

Director
Javier Osuna Sarmiento

Editores
Sergio Gama Torres
Mauricio Díaz Calderón

Ilustraciones
Camila A. Sánchez - Pág 4
David Franco Colorado - Pág 7
Cristian Felipe Niño - Pág 11, 32
Nicolás Baresch Uribe - Pág 12, 38
Sebastian Gelvez López - Pág 15, 37
Johann Andrés Cárdenas - Pág 22, 23, 25, 28, 31
Lynda Evelyn Torres - Pág 24
John Daza - Pág 26
David Leonardo Rubio - Pág 29
Jesús Stivenston Chilito - Pág 33
Maia Sofía Velásquez - Pág 36
María Paula de las Mercedes - Pág 39

Diseño y Diagramación
Cynthia Guevara

En este número:

Raúl Zurita, Arturo Parra, Catherine Ego, Tomás González, Frank Báez, Jorge Carlos Ruiz, Neftalí Eugenia Castillo, Chico Bauti, Piedad Bonnett, Diana Carolina Daza, Alberto Salcedo Ramos, Martín Kohan, Alejandra Costamagna, Alberto Jodra, Tatik Carrión, Andrea Echeverri, Carlos Castillo Quintero, Sergio Gama, Germán Gaviria Álvarez, José Zuleta.

Agradecimientos:

Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte, Instituto Distrital de las Artes (Idartes), Ministerio de Cultura, Red de bibliotecas de Colsubsidio, Universidad Javeriana, Fundación Saldarriaga Concha, periódico Confabulación, ACNUR, FLIP, ASFADDES, Alfaguara, Instituto Caro y Cuervo, Centro Cultural Gabriel García Márquez, Fondo de Cultura Económica, El Chorro Producciones, Radio Pachone, El Espectador, El Magazin del Espectador, Fundación San José del Peñón, Andrés Sarmiento, Arturo Parra, Catherine Ego, Red de Bibliotecas Comunitarias de Suba, Instituto San Basilio, Galería Café Libro, Librería Casa Tomada, Casa Rústica y Equipo de voluntarios.

Fundación Fahrenheit 451
Tel: 8109868
E-mail: fund451@gmail.com
www.fundacion451.com
Bogotá D.C. - Colombia

El material gráfico y literario ha sido realizado, traducido, o cedido exclusivamente para esta revista. Todo texto puede reproducirse con nuestra autorización.
ISSN: 1900-9887

Diálogo

Raúl Zurita *La poesía es el recuerdo*.....8
Tomás González *La literatura universal es siempre local*13
Paroles Egales *Teatro para el oído*.....16

Poesía

Frank Baéz *33 años y aún soy Calvo*.....22
Frank Baéz *Anoche soñé que era un DJ*.....22
Jorge Carlos Ruiz *Amazonas*.....24
Neftalí Eugenia Castillo *Mariposa*.....24
Diana Carolina Daza *Herbario*.....25
Chico Bauti *Soy el Ave*.....25
Piedad Bonnett *Otro Papel*.....26
Omar Garzón *Aquelarre en Macayepo*.....26

Crónica

Alberto Salcedo Ramos *El secreto de Emili Griffith*.....27

Cuento

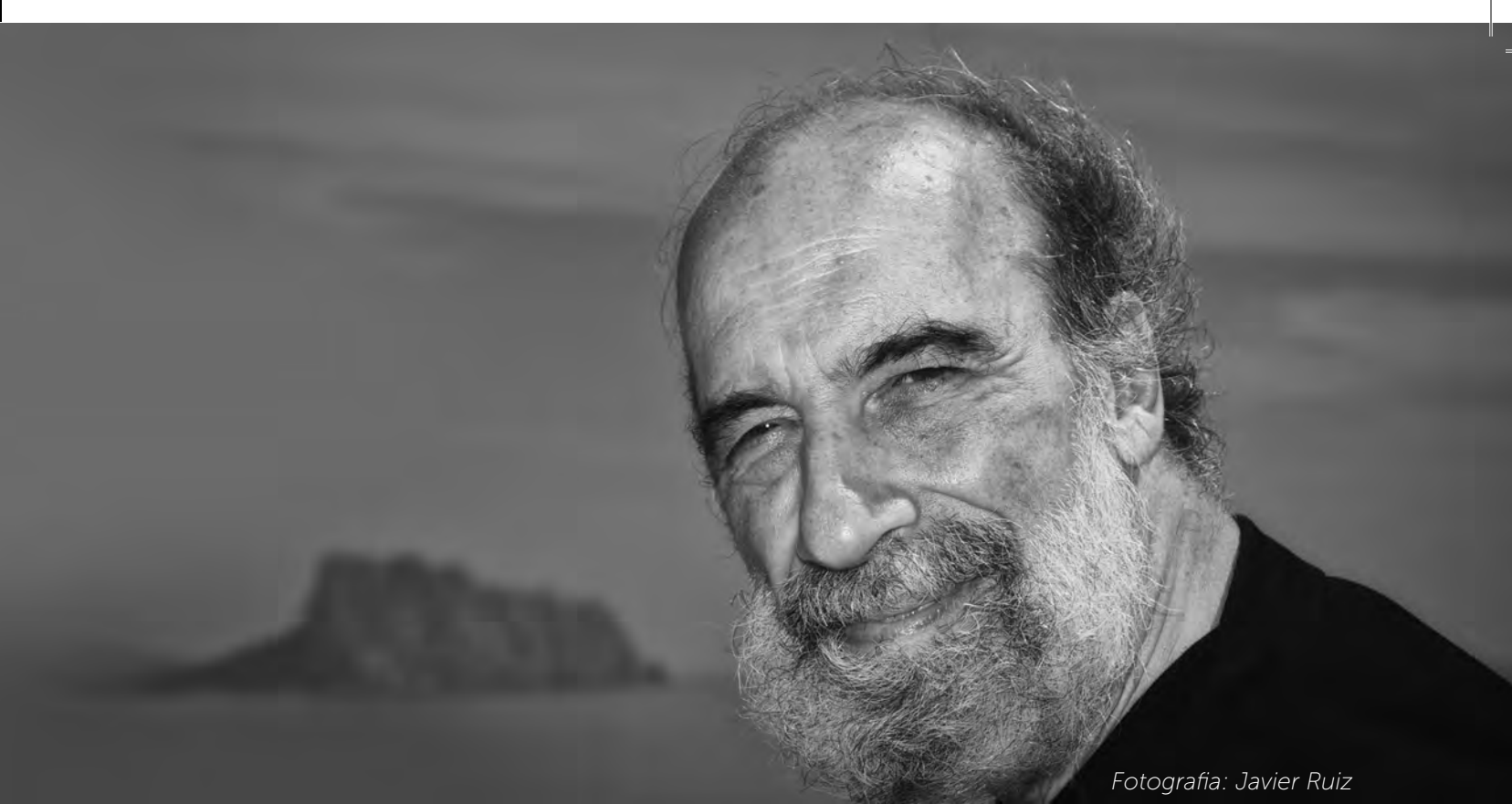
Martín Kohan *El tiro de Gracia*.....28
Alejandra Costamagna *Deisy está contigo*.....29
Alberto Jodra *Su lugar en el mundo*.....31
Tatik Carrión *La espera*.....33
Andrea Echeverri *Al otro lado de la puerta*.....34
Carlos Castillo Quintero *Historia de Amor*.....35
Germán Gaviria Álvarez *Fantasia*.....36
Sergio Gama *Alcides de Alcmena*.....37

Ensayo

José Zuleta *Escribir y leer, la partitura de las palabras*.....38



Raúl Zurita



Fotografía: Javier Ruiz

“La poesía es el recuerdo”

Raúl Zurita nació en 1950. Fue galardonado con el Premio Nacional de Literatura (2000) y el Premio Pablo Neruda (1988). Durante la dictadura de Pinochet, fue encarcelado y sometido a diversas torturas por militares. Esa terrible experiencia inspiró su obra poética y artística en la que ha utilizado su cuerpo como medio de expresión y ha mezclado la literatura con otros lenguajes del arte plástico. Algunas de sus obras escritas son *Purgatorio* (1979), *Anteparaíso* (1982), *La vida nueva* (1993) y *Zurita* (2002). En el Festival participará en una mesa con varios narradores internacionales y en la inauguración en que se rendirá homenaje a los desaparecidos del conflicto.

Por: Javier Osuna

Raúl, su obra se ha convertido en un testimonio fundamental para aquellas personas que intentan entender las barbaridades perpetradas por la dictadura chilena de Augusto Pinochet. ¿Cómo consiguió escribir su obra?, ¿cómo se mantuvo firme a pesar de los abusos que cometieron en su contra y de sus conocidos?

Gracias, pero lo único que alcanzaba a vislumbrar es si la poesía continuaba. Esto es: si aún podía significar algo escribir poesía, esa poesía debía ser tan potente como el dolor que se nos estaba causando, tan violentamente bella como la violencia del horror que se nos imponía. Ninguno de los lenguajes existentes que había, ni la portentosidad de Neruda, ni el humor de Nicanor Parra, alcanzaba a dar cuenta del quiebre que significaba el golpe militar en Chile. Había que aprender a hablar de nuevo. Lo

feroz no era el miedo, al miedo te acostumbras muy luego, lo feroz era la miseria.

Estaba separado, tenía hijos y no encontraba trabajo y sobrevivía robándome libros de medicina y arquitectura que eran los más caros; no para leerlos, sino para vendérselos a los reducidos y a algunos estudiantes ricos. Al final me sorprendieron y fue duro. El caso es que tenía prohibida la entrada en todas las librerías de Chile, y cuando en 1979 salió *Purgatorio* y, tres años después, *Anteparaíso*, los libros estaban en las vitrinas pero yo no podía entrar. No sé si me mantuve firme, la desesperación no te da muchas otras opciones.

Su obra poética trasciende lo estrictamente literario y se extiende a la plástica. “Ni pena, ni miedo” dice una inscripción de 3.154 metros de

largo y 400 metros de ancho en el desierto de Atacama (1993); su poema ‘La vida Nueva’ fue escrito con humo por aviones sobre el cielo de Nueva York (1982). ¿De dónde proviene esa relación del acto con lo escrito?

Pensar en escribir poemas en el cielo o trazar un poema sobre el desierto fue mi forma de no morirme, de no hundirme en la desesperación. No fue un gesto artístico, fue un acto de sobrevivencia. Al mismo tiempo no podía ponerme límites, es tonto ponérselos, porque vendrán los otros a ponérselos: que eso es imposible, que eso no es poesía, etc. Yo con la misma nitidez con que imaginaba poemas, me imaginaba estas escrituras trazándose en el cielo y otras que sólo pudiesen ser vistas desde el cielo. Las imaginé en un segundo, pero hacerlas me tomó años. Ocho años los poemas sobre Nueva York, y dieciocho trazar la inscripción sobre el desierto. Esas escrituras son mis poemas más íntimos, por muchos años ellas vivieron sólo dentro de mí. El haberlas realizado no fue más que la monumentalización de un instante de locura.

¿Qué significó para usted el grupo CADA (Colectivo de Acciones de Arte)?; ¿Qué recuerdos tiene de sus compañeros (Fernando Balcells, Lotty Rosenfeld, Juan Castillo y Diamela Eltit)?

Hicimos un arte político de resistencia a la dictadura, y al mismo tiempo fue un ensayo de amistad, creatividad y audacia en medio de la oscuridad y del aislamiento. Con el CADA pude concretar algunas ideas que solo no habría tenido cómo hacerlas. Éramos tipos llenos de pasión y miedo, y las dos mujeres (Diamela, que era entonces mi pareja, y Lotty) tenían una impresionante capacidad de concretar, eran grandes productoras. Con ellas pude poner en práctica la idea de los aviones y hacer en 1982 las escrituras en el cielo. Todo lo hacíamos sin un peso y debíamos al mismo tiempo sortear la represión. Duró tres años y la última acción fue invitar a todos los artistas, escritores, activistas de nuestro país a rayar No + a lo largo de Chile. La gente le fue agregando las palabras, ‘muerte’, ‘dictadura’, ‘hambre’, ‘asesinatos’. Con esa obra el grupo se disolvió. Los textos que escribí para el CADA representaron esos tiempos y siento orgullo de ellos y de todo lo que hicimos: “No es una aldea” fue emitido en los cinco idiomas oficiales de las Naciones Unidas frente al edificio que la representaba en Santiago y “Ay Sudamérica” fue arrojado desde cinco aviones que sobrevolaron las comunas periféricas de Santiago.

Su cuerpo es testimonio de su poesía, Raúl. Durante el segundo año del golpe, quemó su mejilla para el libro 'Purgatorio'; también intentó cegarse con ácido para su libro 'Anteparaiso'. ¿Cree que se escribe también con el cuerpo?

Escribo desde un cuerpo que envejece, que se dobla, que se rigidiza, que tiembla con el párkinson, pero también sobre ese cuerpo, sobre sus dolores, sobre los dolores que yo mismo me he infringido, sobre su piel. No supe por qué me estaba quemando la cara, y mientras lo hacía, intuí que me pasaría la vida intentando explicármelo, nunca he salido en realidad de eso, pero fue con esa quemadura que pude encontrarme con Chile, con nuestro terror, con nuestras heridas. Fue en 1975, después de ser detenido por una patrulla militar en una micro, cuando me sometieron a las humillaciones en que son expertos los militares. Fue por mi aspecto. Me acordé del "poner la otra mejilla" y yo quemé la mía. No fue un performance, fue un acto desesperado y solitario encerrado en un baño, sin nadie, y no supe realmente por qué lo hacía. Pero allí pude comenzar a hablar, esa quemadura era como el primer chillido al nacer, y algo se había desatado. Imaginé una secuencia: *Purgatorio, Anteparaiso, La vida nueva*. Me pareció que aquello que había comenzado con un acto de autodestrucción, debía concluir algún día con la vislumbre del Paraíso. Dieciocho años más tarde escribí la frase "ni pena ni miedo" sobre el desierto de Atacama. Un pintor amigo al verla me dijo que el surco de las letras sobre la tierra era idéntico al surco de la quemadura sobre mi mejilla. La fotografía de la cicatriz sobre la mejilla abre mi primer libro, *Purgatorio*, y las fotografías de la escritura en el desierto cierran *La vida nueva* y una parte de mi vida.

"Un poema sin sonido, sin música, es nada. Allí no está la muerte y, por lo tanto, tampoco está la vida"

Su novela 'El día más blanco' presenta algunas etapas de su niñez, como la imagen de su padre, esa fotografía aparentemente estática que tantas veces debió confrontar siguiendo las instrucciones de su abuela. Me permito preguntarle: ¿cree que los objetos nos definen?

Sí, era la foto de mi padre muerto a los 31 años cuando yo tenía dos y mi hermana meses. La foto estaba enmarcada en la pared del living. Cuando hacíamos con mi hermana alguna pequeña barbaridad, mi abuela nos decía "vayan a ver a su papá" y mirábamos la fotografía y su expresión era severa, de enojo y tristeza, y cuando hacíamos algo que a ella le parecía bien, nos decía "vayan a ver a su papá"; y al verlo, su cara en la fotografía nos sonreía. Eso nos definía: ver la foto de mi padre. Los objetos nos definen no porque sean objetos sino porque son las formas que le damos a nuestra fragilidad, a nuestra perplejidad y silencio. Nueva y una parte de mi vida.

Su obra poética plantea una relación directa con la naturaleza, el desierto, los ríos. Pienso en la figura de las montañas y me pregunto: ¿ser humano y paisaje pueden ser la misma cosa?

He llegado a creer que son dos caras de lo mismo, que los paisajes son como grandes telones en blanco que la pasión de vivir va llenando y, a la vez, son inmensos retratos de nuestra ausencia. La muerte nació cuando algo, un ser tembloroso, separando sus manos del suelo, vio las montañas y comprendió que ellas seguirían allí cuando él ya no esté. La montaña que miras es también la suma de miradas que la han visto y no deja de ser emocionante sentir que algo de esas miradas muertas te saludan cuando tú la ves. Muerte, paisaje y poema no son términos separables. La poesía nace con la muerte, es la primera respuesta a esa montaña que te sobrevivirá.

¿Qué importancia tiene la poesía de Nicanor Parra para usted?

Nicanor Parra liberó a las palabras obreras (aquellas que fundan cotidianamente nuestras vidas) de la sumisión que les imponían las palabras sagradas. Con eso le devolvió la vida a

la poesía y a nosotros un nuevo entusiasmo. Su obra nos muestra el mar general del habla del cual todo surge y al cual todo vuelve. Pero es un error separar a Nicanor Parra de Violeta Parra. Son un solo soplo. El genio le pertenecía a ella, quien escribió los poemas más sublimes de la lengua castellana. Pero Violeta no existiría sin la lucidez de su hermano. Ella nace de la antipoesía.

Tengo entendido que para su libro de poesía 'La vida nueva', entrevistó a varios pobladores de caseríos humildes en 1983, bajo plena dictadura; les preguntó por sus sueños ¿por qué?, ¿qué valor tienen para usted?

Se trataba de cinco mil familias sin casa, pobres entre los pobres, que se tomaron un sitio eriazado en septiembre de 1983, e íbamos con otros artistas a apoyarlos. Me di cuenta, escuchándolos, que los sueños también tienen un carácter de clase. El primero que escuché me marcó para siempre. Era un sueño con una india boliviana que estaba en el medio de una avenida y, con una gran vergüenza, estaba pariendo en medio de todos en un parto múltiple, que no acababa. A un hijo lo seguía otro y otro, y mientras nacían a cada uno le corta el cordón umbilical mordiéndolo. Esos sueños inician *La vida nueva*. Pero hay otro sueño. Ése lo soñé catorce años más tarde y fue increíble: desde un acantilado veía el océano resplandeciente, luminoso, pero al bajar hasta su borde y poner mi pie en el barrido de la rompiente, me daba cuenta de que el mar eran infinidades de cadáveres, infinidades de cuerpos, de torsos, de espaldas, de piernas y brazos, que se extendían ondeando hasta el horizonte, infinitas caras exánimes que se doblaban elevándose en la cresta de la rompiente para después caer como si fueran hilos de miles de colores. Llevaba casi diez años trabajando en un libro llamado *Zurita* en el que no podía avanzar. Ese sueño me escribió las últimas 250 páginas. Ese sueño es el autor del libro.

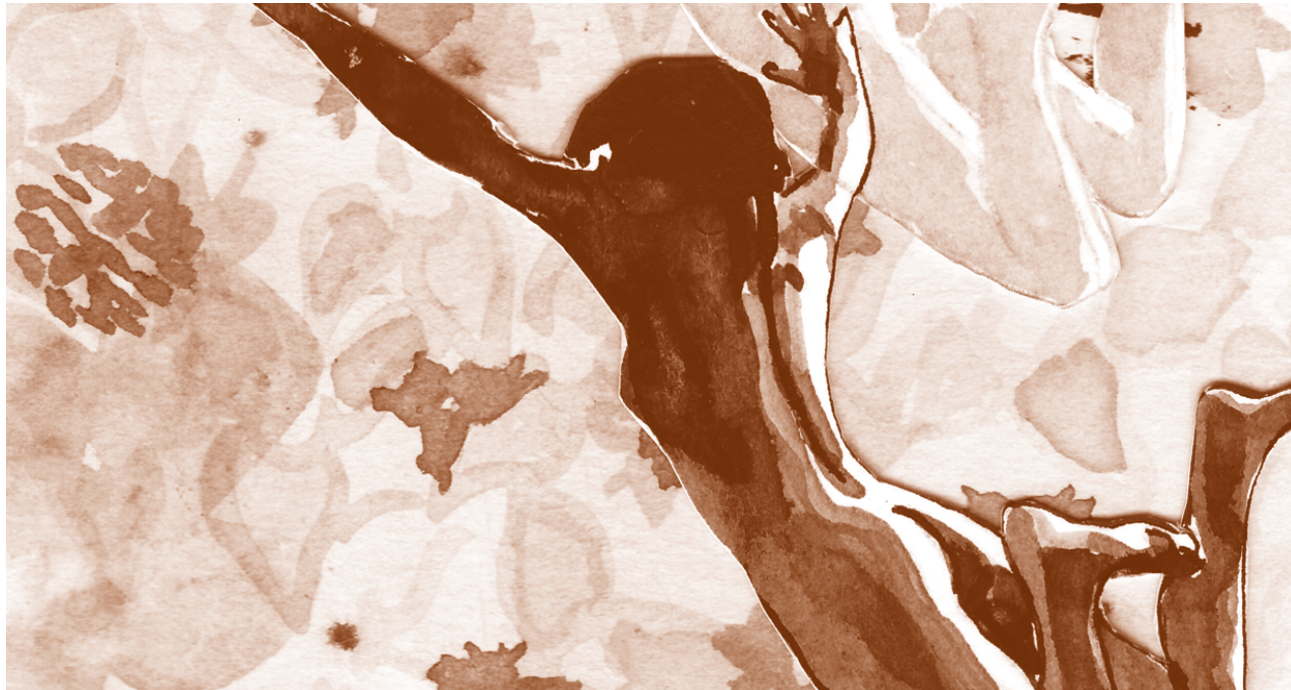
A pesar de que su poesía no busca el canto, se desata una musicalidad impresionante cuando la lee en su propia voz. ¿A qué se debe este fenómeno? ¿Es consciente de lo emotiva que resulta esa musicalidad?

Yo leo, no actúo, jamás he actuado. Por lo demás, salvo Vittorio Gassman o Laurence Olivier, los actores son los peores intérpretes de poesía del universo, la masacran. Por lo que nunca sé si esa emoción a la que te refieres se va a producir o no. Suele sucederme que al leer en público me conecto con el momento que estaba escribiendo. Pero no estoy entrenado para que se produzca y puede no darse; entonces, la lectura se transforma en un tormento. Ahora, sobre la musicalidad: un libro de poesía debe ser capaz de resistir todos los niveles, desde la mirada del tipo de pie en la librería que lo hojea rápidamente, ya así debe ser elocuente; hasta las lecturas más exhaustivas y exigentes, incluso las más mal intencionadas. Más aún, un poema debe resistir su paso por lo oral, el paso por la lectura. El sonido de una lengua es el sonido de todos quienes la han hablado, es el sonido de sus muertos. Un poema sin sonido, sin música, es nada. Allí no está la muerte y, por lo tanto, tampoco está la vida. El sonido es la ética del poema. Si me emociono y si los que escuchan se emocionan, es porque juntos suspendimos por un segundo la vida y la muerte.

Este año el tema central del Festival de Literatura de Bogotá es la desaparición forzada, gran parte de su obra poética acompaña la vida valiente de miles de víctimas que cantan todos los días a "su amor desaparecido". ¿Cree que se mantiene un compromiso con los ausentes, puede la poesía ayudar a mantener vivo su recuerdo?

La poesía es el recuerdo





Raúl Zurita y su obra

Aún el mar

In Memoriam

Nieva. Hace semanas que sólo duermo de día, en medio de torbellinos de imágenes de las que despierto con sobresalto. El alto farellón de hielo deja ver detrás infinidad de caras que mueven los labios como si cantaran o quisieran decir algo. Uno de ellos es el cantautor Víctor Jara y me sorprende verlo allí porque ya se sabe que lo han matado en un estadio chileno. Cuando despierto, en la radio están tocando *La plegaria del labrador* y el instinto de sobrevivencia hace que me levante de un salto para apagarla. La canción no viene de allí porque desde hace meses que la radio está estropeada, pero sigo escuchándola. Me visto de prisa y salgo a la calle. Ahora la canción parece surgir de todas partes y al bajar los ojos veo la cadena de las otras montañas emergiendo entre la nevada. La voz de Víctor Jara cubre ahora por completo las cimas de los Andes y siento el pujo de las lágrimas tratando de salir. Estoy tendido en una saliente y, salvo los labios, el hielo me aprisiona impidiéndome cualquier movimiento. *Levántate y mírate las manos* comienzo a cantar en susurros mientras poco a poco la nieve me va sellando la boca. Ya no siento temor. Sobre las cumbres se ve el mar

Verás*

VERÁS UN MAR DE PIEDRAS
 VERÁS MARGARITAS EN EL MAR
 VERÁS UN DIOS DE HAMBRE
 VERÁS EL HAMBRE
 VERÁS UN PAÍS DE SED
 VERÁS CUMBRES
 VERÁS EL MAR EN LAS CUMBRES
 VERÁS ESFUMADOS RÍOS
 VERÁS AMORES EN FUGA
 VERÁS MONTAÑAS EN FUGA
 VERÁS IMBORRABLES ERRATAS
 VERÁS EL ALBA
 VERÁS SOLDADOS EN EL ALBA
 VERÁS AURORAS COMO SANGRE
 VERÁS BORRADAS FLORES
 VERÁS FLOTAS ALEJÁNDOSE
 VERÁS LAS NIEVES DEL FIN
 VERÁS CIUDADES DE AGUA
 VERÁS CIELOS EN FUGA
 VERÁS UN PARAÍSO VACÍO
 VERÁS NO VER
 Y LLORARÁS

* 22 frases trazadas sobre los acantilados, costa norte de Chile sólo se leerán desde el mar



Tomás González

Por Revista Sombrolarga

La literatura universal es siempre local

Tomás González nació en Medellín en 1950. Es considerado, por muchos críticos, como uno de los escritores contemporáneos más importantes. Algunas de sus obras son *Primero estaba el mar* (1983), *Para antes del olvido* (1987), *La Historia de Horacio* (2000), *Los caballitos del diablo* (2003), *Manglares* (poemario publicado en 1997 y 2006), *Abraham entre bandidos* (2010) y *La luz difícil* (2011). Recientemente, publicó la novela *Temporal* (Alfaguara, 2013).

Usted es reconocido como poeta, cuentista y novelista. En una entrevista expresó su intención de probar con el ensayo. ¿A qué se debe este propósito? ¿Por qué optaría por mostrar sus reflexiones de esta manera y no a través de la narrativa (o la poesía)?

Publiqué algunos ensayos pequeños en revistas, y me quedaron bien, pero no tanto. No son lo mío, los ensayos, no todavía. Me aburro un poco

escribiéndolos, y si uno se aburre escribiendo, el lector con toda seguridad se va a aburrir leyendo. Tal vez algún día encuentre el tono y el enfoque apropiados y empiece a disfrutar con el asunto.

En sus obras narrativas encontramos dos tipos de personaje masculino: el hombre de negocios dedicado a actividades prácticas; y otro que podríamos llamar "intelectual", interesado en sus lecturas más que en los logros materiales. ¿Estas distinciones son intencionales? ¿A qué se deben?

Medellín ha sido conocida desde siempre por el empuje comercial de sus pobladores. Expresado en palabras más sencillas, eso quiere decir que son capaces de vender a la mamá si el negocio les cuadra. Y es justo en esa región metalizada donde aparece en su versión más pura el antinegociante. A veces son intelectuales de gran cultura, cuyo refinamiento contrasta notablemente con el medio ambiente. No creo que León de Greiff, para dar un ejemplo, haya hecho muchos negocios en su vida, y, si los hizo, seguramente salió mal parado. Eso lo tendríamos que investigar, claro. A veces los antinegociantes son solamente alcohólicos, o vagos profesionales, sin nada de intelectuales, pero hay muchos que son las tres cosas. En todo caso es un hecho comprobable que cada cierto tiempo, en cada familia, aparece alguno de esos individuos que consideran que los negocios son una soberana m.

Los matices locales de su obra, que se ha dedicado a explorar la tradición antioqueña, no han sido un inconveniente para la divulgación exitosa de sus libros en otros países. ¿Por qué cree que logra esa universalidad desde lo particular?

"All politics is local" dicen en Estados Unidos, lo cual quiere decir que la política se hace siempre a escala local. Lo mismo pasa con la literatura. La literatura que llamamos Universal es siempre local. Para ser universal tiene que ser local. Piénsese en Tolstoi. O en *Los Miserables*, de Víctor Hugo. Y esto es así aunque se trate de localidades inventadas por el autor, por ejemplo las poblaciones marcianas de Bradbury. Lo que

pasa es que la vida, la manifestación de la vida, es siempre local.

Sabemos que no comenzó a escribir planeando que su obra constituyera una unidad: la historia de una familia antioqueña durante ciento cinco años (lo que, dicho sea de paso, nos recuerda un poco las obras de Faulkner y de García Márquez). Ahora que es consciente de ella, ¿quisiéramos saber si ¿considera que la unidad está completa o cómo planea continuarla?

Nunca se sabe. Si las novelas que van a aparecer se prestan para ser integradas, las haré parte de ese tejido, y ser consciente del asunto me va a ayudar a hacerlo. Pero la unidad nunca va a estar completa, por más novelas que le agregue, pues la familia sigue siempre, la familia nunca se extingue. Se extingue el apellido paterno, tal vez, pero los genes y sus características genéticas siguen rodando por ahí. Lo del apellido es sólo ruido, una convención vacía.

Su nueva novela Temporal (2013), ¿hace parte de este rompecabezas?

La novela sucede en Tolú-Coveñas, que fue el territorio de mi infancia, tanto como lo fueron Envigado y Medellín. En ella aparece, como personaje secundario, David, que está en varias de mis otras novelas. Hasta ahí logré integrarla.

¿Piensa salirse de esta unidad en algún momento?

Ya lo he hecho. En *Abraham entre bandidos*, por ejemplo. Y en muchos de mis cuentos.

La voz de sus personajes es coloquial, verosímil, mientras que la del narrador usa un lenguaje más neutral, sin caer en excesos retóricos. ¿Busca ese equilibrio o se ha dado en medio de la tensión entre las distintas voces?

La voz del narrador debe, en lo posible, ser redactada de forma impecable. En cambio la voz de los personajes no puede ser para nada impecable, pues nadie habla así, sino todo lo contrario. Esa distinción me pareció siempre evidente. Era algo que se caía de su peso, como dicen.

Usted ha asegurado que entre la publicación de Para antes del olvido (1987) y La historia de Horacio (2000) escribió Los caballitos del diablo, publicada varios años después, en el 2003. ¿A qué se debe este desfase editorial?

Los caballitos del diablo se transformó mucho entre su primera versión y la versión definitiva. La primera estaba llena de rencor y por eso no quise publicarla. Me tomó muchos años librarme de ese rencor y reescribir la novela ya de manera más desapegada e imparcial. Se puede decir que no se trató tanto de una reescritura como de una transformación en mi manera de ver el mundo.

Parece que últimamente se han difuminado las fronteras entre comedia y tragedia en la literatura. Algunas obras, entre ellas la suya, no pueden encasillarse en ninguno de los dos géneros al punto de parecer una suma de ambos en ocasiones. ¿A qué considera que se debe este fenómeno?

No estoy de acuerdo en que eso está ocurriendo solo recientemente. Lo cómico y lo trágico han aparecido siempre muy cerca lo uno de lo otro y hasta se podría decir que son caras de la misma moneda. La ensartada de Polonio detrás de la cortina, en Hamlet, es un buen ejemplo. Lo trágico tiene siempre un filo cómico, me parece, mientras que aquello que busca ser solamente cómico aburre.

¿Cree que todo buen prosista debe ser fundamentalmente un poeta, o viceversa?

Yo prefiero leer narraciones que tengan carga poética, e incluso dejo de darle importancia a la redacción torpe o rústica si la poesía se mantiene. En cambio cosas muy bien escritas me aburren si no tienen poesía. Y fíjate que se pone uno a buscar algún buen escritor que no tenga esa carga poética y cuesta trabajo encontrarlo. Hasta Dashiell Hammett la tiene, y no poca. Pero no sé si el asunto funciona de igual manera en viceversa. Los buenos poetas son un tanto pesados cuando ensayan a escribir narrativa, me parece.

Tomás González Cielo con cuervos

Lo primero que él sintió al despertar fueron el silencio y, como sobre un lienzo, los graznidos. Les prestó atención, inmóvil. «En Suramérica solo se los conoce por el nombre y por el cine», pensó. «Allá los oímos chillar en las películas.» La respiración de ella era tranquila, acompasada. Habían dormido dándose la espalda, sin tocarse. La pelea de la noche anterior había sido intensa. «¿Cómo puede dormir con tanta placidez después de aquello?»

Habían llegado hacía dos meses y la erosión de su relación parecía haberse venido dibujando también con fuerza en el silencio. Berlín. «Esta ciudad suena menos que allá los pueblos, las veredas. De Bogotá ni hablar.» Atrás habían quedado el estrépito de automóviles y buses, los pregoneros del barrio, el gallo del estacionamiento, la música a todo volumen del vecino en la mañana.

Le dolió el corazón.

Regresó al cuarto y, así como había evitado antes los espejos, evitó mirarla a ella. Temía la enorme soledad que le esperaba. «Posiblemente hasta el final de mis días», pensó. Había visto, sí, que ella se había sentado en la cama. Sabía que sus ojos negros, aunque ya sin rencor, serían fríos, duros; su mirada, tan amada por él, ahora escrutadora, evaluadora, siempre bella. «Tantos malentendidos nimios entendidos como deslealtades, traiciones», pensó. «Tanta vanidad. Tanto egoísmo.»

—Hola.

Se reconciliarían, seguirían juntos, días, meses tal vez, pensó, incluso se amarían. Pero en aquel momento la grieta para él fue tan visible como las que anuncian los derrumbes de los muros. En el estómago, el dolor: un puño oscuro. Todo era irreversible, fatal, irremediable.

El grupo de cuervos levantó vuelo desde un árbol de la calle, dejó de sonar, y pasó, en cambio,



una sirena. La calle se llamaba Kantstrasse. Seis de la mañana. Domingo. Finales de octubre. El apartamento quedaba cerca de una estación de bomberos. Aún estaba oscuro. Se alejó la sirena y el silencio se hizo total. El pie de ella salía del edredón de plumas, lo demás estaba cubierto por completo. De haber sido todo como antes, lo habría acariciado. No ahora. Se le encogió otra vez el pecho, se levantó y caminó desnudo hasta el baño, evitando mirarse el cuerpo — delgado, saludable, aunque con la barriga propia de los cincuenta años, barriga de flaco— en el gran espejo de la sala.

Tampoco en el baño quiso mirarse. Orinó, se lavó las manos, cerró la tapa del inodoro, se sentó sobre ella y se lavó los dientes, mirando el rollo de papel en su nicho, al frente. «A esto solo queda contemplarlo», pensó, sin sentir consuelo. «Mirar, sin parpadear, las cosas.» Se puso de pie, escupió la pasta dental en el lavamanos y vio que otra vez le estaban sangrando las encías. Cada cuatro meses visitaba a la periodontista, que lo torturaba con ganchos y púas de ultrasonido. «Tocará buscar aquí otro verdugo», pensó. «¡Tanto dolor solo para no quedarse mueco!»

Tomado de: *El lejano amor de los extraños* (Alfaguara. 2012)

Paroles Égales

"Teatro para el oído".

La artista francocanadiense, Catherine Ego, y el guitarrista colombiano, Arturo Parra, inspirados por la música y la poesía, dieron vida al grupo *Paroles Égales*, un dúo que crea obras para guitarra y voz hablada, en las cuales las dos fuentes sonoras intervienen en proporciones iguales. Con la fusión entre la guitarra y la voz, el grupo propone un diálogo mezclando texto y música, un verdadero "teatro para el oído" onírico y poético. Sus producciones más conocidas son *La muerte de los Reyes* y *¿Por qué la luz?* Estarán por primera vez en Latinoamérica con *Hacia la luz, Miguel* (Vers la lumière, Miguel) un homenaje a Miguel Hernández que dará cierre a la cuarta versión del Festival de Literatura de Bogotá.

Por Laura Reyes y Juan David Giraldo

¿Qué es Paroles Égales (palabras iguales) y cómo confluyen una francocanadiense y un colombiano para emprender, desde 1995, un proyecto conjunto que merece tal nombre?

Catherine: Arturo y yo nos encontramos por primera vez en Montreal en 1994. En mi caso, después de varios años, estaba convencida del gran potencial entre el texto y la música, a condición que esta última no fuera simplemente un ambiente o un fondo sonoro. En aquella época trabajaba con un arpista en un proyecto de texto y música, pero sin obtener grandes resultados.

Arturo: De mi lado, desde hacía algunos años, realizaba "collages" sonoros entre diferentes materiales discográficos y poemas que yo mismo grababa –especialmente la poesía de Miguel Hernández, pero también la de Federico García Lorca, Rabindranath Tagore...

Cuando nos encontramos por primera vez con Catherine, constatamos rápidamente que buscábamos lo mismo, cada uno desde su lado, pero sin saber exactamente cómo expresarlo. Inmediatamente comenzamos a trabajar sobre una pieza de teatro del escritor quebequense Robert Claing, que llegó a ser nuestra primera obra montada: *La Muerte de los Reyes*. Experimentando y analizando entre nosotros, terminamos por darnos cuenta de qué era exactamente lo que buscábamos: una fusión entre la literatura y la música, pero también una fusión entre las dos fuentes sonoras, es decir la guitarra y la voz. Queríamos que ellas dos contaran la misma historia, como si se tratara de un monólogo, pero a dos voces, sin que

ninguna de las fuentes estuviera al servicio de la otra. Fue así como llegamos a la noción de "paroles égales" [palabras iguales]: dos palabras, dos voces que se expresan juntas, en el mismo plano y con la misma presencia. Escogimos también el nombre porque, desde un punto de vista sonoro, está muy cercano de nuestros dos apellidos: Paroles Égales / Parra Ego.

La propuesta de su trabajo presenta una puesta en escena a partir de la literatura y la música. Ustedes mismos hablan de 'Teatro para el oído', ¿de qué se trata y cómo los diferencia de otras propuestas artísticas?

Catherine: Nos preguntan con mucha frecuencia qué es lo que hacemos. ¿Canto, acompañado por la guitarra? No, porque yo digo el texto; lo hablo, no lo canto. ¿Narración de cuentos, entonces? Tampoco, puesto que nuestros textos no se inscriben en ésta tradición y además porque el cuento, si a veces permite la intervención de la música, generalmente la utiliza como ilustración, intermedio o contrapunto. Algo más, contrariamente al cuento, en nuestros espectáculos el texto y la música son enteramente escritos. ¿Entonces, finalmente lo que ustedes hacen es teatro? Pues... tampoco creemos, debido a que no hay un decorado en nuestros espectáculos, ni un vestuario particular o dispositivo escénico.

Llegamos a la conclusión de que lo que hacemos está relacionado con la estética de la música electroacústica denominada "cine para el oído"... Finalmente hemos llamado nuestro trabajo "teatro para el oído". En el escenario, se ve solamente una persona que habla y

otra que toca la guitarra. En lugar de decirle al espectador qué pensar o qué sentir, de asediarlo con una enorme cantidad de gestos y estímulos, esta sobriedad y esta inmediatez invitan al espectador a entrar dentro de un universo que le da cabida a su imaginación, a su propio mundo: el espectador debe hacerse su propio "cine interior", o más bien, puesto que nosotros estamos en el escenario y no en una sala oscura, su propio "teatro interior".

A Bogotá vienen a presentar el proyecto 'Hacia la luz Miguel (Vers la lumière, Miguel)' que hace homenaje al autor y prisionero español Miguel Hernández. ¿Cómo llega Paroles Égales a su obra? ¿Hay acaso un interés particular o personal de ustedes que los haga escoger la obra de este poeta?

Arturo: El poeta español Miguel Hernández murió en las cárceles de la dictadura franquista en 1942, a los 31 años. Sus poemas me han conmovido profundamente desde que era adolescente. Inclusive han inspirado varias de mis composiciones. Por ejemplo, *Vers la lumière, l'hirondelle*, grabada en mi disco *Voz*, que surgió de un poema de Catherine, y que poco a poco se fue agrandando a partir de diferentes poemas de Miguel Hernández.

En el año 2010, se celebraría el centenario del nacimiento de Miguel Hernández y me parecía inconcebible dejar pasar esa fecha sin rendir un homenaje al poeta que había estado tan cerca de mí casi toda una vida.

¡Imagínense nuestra felicidad cuando el Consulado de España en Montreal le encargó a Paroles Égales concebir un espectáculo y ser el portavoz en Canadá para celebrar los 100 años de nacimiento de Miguel!

El Festival de Literatura de Bogotá de este año, en su cuarta versión, tiene como temática principal los desaparecidos. ¿Cómo sienten que se trabajan estos temas en la obra de Miguel Hernández?

Durante la guerra civil de España, los enfrentamientos sangrientos que opusieron Nacionalistas y Republicanos desde 1936

hasta 1939, terminaron con la derrota de estos últimos y la instauración de la dictadura de Francisco Franco, que duró hasta 1975. Nuestro espectáculo se inscribe perfectamente entonces dentro de la temática del FLB de este año: las desapariciones, los conflictos políticos, las luchas.

Miguel era básicamente un hombre simple, un pastor de ovejas que abrió su corazón a la poesía. Aspiraba a una vida apacible, pero la historia decidió otra cosa. Cuando el franquismo se tomó España, Miguel, en nombre de sus ideales y de la libertad, abrazó las armas. Como en todos los conflictos, la guerra civil española cobró la vida de decenas de miles de personas, causó innumerables heridos, prisioneros y muchísimos exiliados y desaparecidos.

La poesía de Miguel sigue perenne porque supo entrar de frente en los conflictos y sobresaltos dolorosos de la historia de su época, preservando al mismo tiempo su dignidad y su luz. Aún si Miguel Hernández murió prisionero, sigue siendo considerado el poeta de la luz, de la esperanza y de la libertad.

¿Tiene Paroles Égales una postura sobre el papel del arte en la elaboración de la memoria después del conflicto o de su utilidad como medio para hacer catarsis?

Más allá de su muerte, Miguel Hernández nos sigue hablando hoy en día. Sus poemas nos transportan a la humanidad que supo guardar a pesar de sus sufrimientos, la soledad y el encierro. Gracias a su arte, es él quien triunfa a lo largo del tiempo: las estatuas de Franco han sido quitadas de los lugares públicos de España; en cambio, la poesía de Miguel Hernández viaja y suena por el mundo entero. Ella guarda vivo el recuerdo de las atrocidades del franquismo, pero sobre todo del coraje de los opositores a la dictadura.

En nuestro espectáculo, insistimos sobre la luz en la vida y obra de Miguel Hernández. La mayoría de los poemas que hemos escogido son aquellos de su época de madurez, es decir de su cimiento humanístico y su compromiso político. Ellos evocan la prisión y la injusticia. Sin



Fotografía: Mario Jean / MADOC

embargo, no quisimos reducir este encuentro con el público a una conmemoración del sufrimiento pasado, inscrita solamente dentro del recuerdo histórico.

Queremos mostrar también que Miguel es de una actualidad contundente por su apego a la libertad y al amor que profesaba por los seres humanos, la naturaleza y la vida.

¿Qué piensan del arte a-político? ¿Es posible esta desvinculación? Y de llegar a ser así, ¿está Paroles Égales interesado en trabajar en proyectos o puestas que trabajen en esa línea?

Debido a sus textos y sus referencias a la historia, nuestro espectáculo *Hacia la luz, Miguel* es claramente una obra política. Estamos trabajando también actualmente con un fotógrafo y videasta de Montreal, sobre las manifestaciones estudiantiles y la protesta popular de la "Primavera quebequense" de 2012. Pero la temática en la que se desarrollan la gran

mayoría de nuestras obras, es una de carácter más bien onírico o fantástico. Ellas hacen un llamado a la imaginación del público. No obstante, aun teniendo en cuenta esto, nuestro arte es político por naturaleza en el sentido que marca de manera asumida una ruptura con nuestra época, donde se valoriza tanto la ultra velocidad, la sobreexcitación permanente y la hiper tecnología.

Todo esto adicionado a una sociedad de consumo ebria de agitación, de virtualidad, de diversión, y sobre todo, de pensamiento formateado.

El arte del decir de Paroles Égales se reconcilia con una forma muy antigua de la convivialidad, del vivir juntos, es decir de la comunidad. En ese sentido, este arte es eminentemente político, puesto que la política consiste, antes que todo, en la interacción al nivel más fundamental de la comunicación humana.



Tomando en cuenta la versatilidad de su propuesta y el trabajo que hacen de los textos de Miguel Hernández, nos gustaría preguntar, ¿cómo ha sido este proceso de tomar el texto, traducirlo y trabajarlo para el proceso de musicalización?

Primero que todo hicimos una selección de los poemas que más nos gustaban y luego, porque queríamos hacer un espectáculo bilingüe, consultamos diferentes traducciones publicadas en francés.

Puesto que normalmente se pueden encontrar fácilmente varias traducciones de un mismo poema, pensábamos que el principal problema al que nos enfrentaríamos sería el de seleccionar la mejor traducción... Rápidamente constatamos que ninguna nos convenía, porque habían sido concebidas para ser leídas en libros, y no para ser dichas. Además de todo esto, las traducciones utilizaban un lenguaje grandilocuente, dejándose llevar por un lirismo pomposo y –quizás por el estatuto de “héroe nacional” que Miguel Hernández había adquirido– perdían de vista la inmediatez esencial en su poesía. Todo esto nos imponía un problema más “ético”: Miguel era un pastor, un hombre cultivado pero simple, que jamás quiso traicionar o disimular sus orígenes.

En consecuencia, decidimos traducir nosotros mismos los poemas que queríamos presentar en escena, sin jamás perder de vista la nobleza y la sencillez características de la obra de Miguel y que le dan toda su belleza.

Y para ustedes, ¿qué significa esta visita a Colombia, tanto para Arturo quien ha vivido como expatriado y para Catherine cuya mirada es extranjera?

Arturo: Esta primera visita con Paroles Égales significa una alegría inmensa para mí. Será una ocasión privilegiada en donde, por primera vez en 19 años de existencia de nuestro grupo, podremos mostrar nuestra visión artística en Colombia y Latinoamérica; volcarla a un público esencialmente hispanohablante. Qué hermoso saber que las palabras de Miguel Hernández resonarán de forma distinta y luminosa, “pajareando” como bien lo decía el

mismo poeta, entre dos lenguas y dos culturas diferentes. Gracias a la invitación del FLB, así como al apoyo del Consejo de las Artes y Letras de Quebec, será posible ofrecer al público de la capital colombiana nuestro espectáculo *Hacia la luz, Miguel* –aún más en el contexto del tema principal de este año del FLB, los desaparecidos; no sobra decir que todo esto me llena de orgullo.

Catherine: Ésta no es mi primera visita a Colombia. En 1995 me instalé por unos meses en Bogotá para traducir una novela. Mi deseo era conocer el país y entrar en contacto con el idioma español que me interesaba de sobremanera. Arturo me comenta que Bogotá y Colombia en general han cambiado mucho. Me siento muy contenta de que ahora se presenta finalmente la ocasión para constatar por mí misma esos cambios, y de encontrarme nuevamente con personas queridas que conocí en esa época.

A Arturo: Lleva ya un buen tiempo fuera de Colombia y desde afuera ha construido una trayectoria importante, reconocida y premiada en la academia tanto nacional como internacional. ¿Usted estaría de acuerdo con la idea que supone que un artista colombiano debe, necesariamente, salir del país para, luego de ser reconocido afuera, ser tenido en cuenta por las diferentes instancias y medios nacionales?

Adquirir una formación seria en el extranjero ayuda al artista a enriquecer su arte, porque descubre o se confronta allí a nuevas técnicas, nuevas maneras de enfoque y pensamiento, nuevos modos de cooperación con otros artistas, etc. En mi caso por ejemplo, mis estudios en Canadá me permitieron trabajar con algunos de los compositores electroacústicos más importantes del mundo, los de la llamada “Escuela de Montreal”. Pude también allí obtener mi doctorado en música, un diploma que no existía en Colombia en aquel entonces, y que aún hoy en día no existe.

Así que salir del país natal para perfeccionarse realmente y después, regresar para difundir estos conocimientos, es una gran riqueza para ese país. Pero, cuidado, el hecho de salir del

país no constituye en sí mismo una garantía de calidad.

Hay que estar vigilantes a que las instancias y medios nacionales no caigan en una idealización frente al extranjero, confundiendo la calidad artística con el número de países visitados, y dejando de lado al mismo tiempo excelentes artistas colombianos que no han tenido la oportunidad de vivir, estudiar y trabajar fuera de Colombia.

A Arturo: En 1998 usted recibió el Premio Nacional de Pedagogía en docencia. Resulta imposible no preguntarle por su vocación por la enseñanza y el taller (en alianza con ACNUR) que se realizará en el marco del festival con niños víctimas de desplazamiento. ¿Qué significa para usted volver a enseñar en Colombia, esta vez, teniendo como centro a la niñez?

Esta invitación del FLB y ACNUR es muy honrosa para mí, puesto que los niños son a la vez el público más dispuesto a maravillarse, pero también el más exigente: cuando algo los aburre, ¡lo dicen o lo hacen saber inmediatamente sin ambages! Enseñar a los niños es como jugar un partido de ping-pong – se requiere una gran atención, mucha energía, pero el placer es grande y muy estimulante.

Este taller con los niños víctimas de desplazamiento será una oportunidad de adentrarme en un mundo que poco conozco, de pronto más emocional que mis clases habituales. Con su experiencia de vida y la mía, confío que podremos lograr un encuentro estimulante y enriquecedor. La música y la poesía facilitan la comunicación y permiten un acercamiento con los niños y toda clase de personas; esperamos que allí podamos plantar una pequeña semilla que dé esperanza y amor en un mundo mejor que construimos individual y colectivamente.

Agradecemos el Conseil des arts et des lettres du Québec (Consejo de las Artes y Letras de Quebec) que por su aporte financiero hace posible la presentación de Paroles Égales en el 4to Festival de Literatura de Bogotá.

Frank Báez

Escritor Nacido en Santo Domingo en 1978. Algunas de sus publicaciones son: el poemario *Jarrón y Otros Poemas* (Madrid, 2004), el libro de cuentos *Págales tú a los Psicoanalistas* (2007) y el poemario *Postales* (2012). También fue ganador del Premio Internacional de Cuento Joven de la Feria Internacional del Libro.

33 años y aún no soy calvo

Que otros se jacten de las páginas que han escrito,
yo me vanaglorio de que no soy calvo.
Pobres papás de mis compañeritos del colegio
que con treinta y tantos ya eran calvos.
De noche rezaba y le pedía a Dios
que no dejara que se me cayera el pelo
y Dios no me defraudó
porque no soy calvo.
No soy calvo.
Nunca seré calvo.
No puedo querer ser calvo.
Tengo una buena relación
con los barberos y compro
los productos más caros.
Mi barbero me llama
cada vez que el último corte de pelo ha
expirado.
Mi barbero que tiene dos años
que no prueba drogas y que está saliendo
con una peluquera casada.
Mi barbero es mi hermano.
Pero estaba hablando de mi pelo.
"Me gusta tu pelo", dice en chino
la cajera del supermercado.
¡Asia entera sueña con un día tener mis rizos!
En Taipei trataron de llevarme secuestrado.
Treinta y tres años y no soy calvo.
¡Virgen de la Altagracia! Llamaré a mis panas
para emborracharnos en el colmado.
No, mejor sigo componiendo
poemas en mi cuarto.
Quizás no pueda seguir escribiendo poesía
cuando me vuelva calvo.
Así que aprovecho ahora,
me echo todo el pelo para atrás
y aporreo el teclado.



Anoche soñé que era un DJ

Llamo por teléfono a Miguel y le pregunto
si piensa que me iría mejor de DJ o como poeta
y Miguel responde que siga como poeta.
Mi novia también dice que como poeta.
El hermano de mi novia dice que como poeta
y una jevita que hacía una fila en el cine y que recién conocí
dice que como DJ.

Las menores me ven más como DJ
y las mujeres que compran en el supermercado
dicen que persista con los poemas.
Mi mamá dice que como poeta.
El plomero dice que poeta.
Los cinco poetas que conozco me dijeron
que me iría mejor como DJ.
Mi hermana se abstuvo de votar.

Fui a ver a DJ Tiesto
y una gringa me tomó de las manos
y me explicó que los DJ son criaturas de Dios.
-Son ángeles- dijo y mientras hablaba
yo imaginaba a los DJ volando
con sus *turntables* alrededor de Dios
como si fueran mosquitos y Dios los espantara
con la mano.
Pero bueno, la cuestión es si los poetas y los DJ
se pueden conciliar.
Si pueden ser uno,
si es posible escribir con una mano poemas
y con la otra pinchar discos,
si se puede ser mitad poeta y mitad DJ,
si del ombligo para arriba soy poeta
y del ombligo para abajo soy DJ
o al revés
o quizás que un poeta se convierta
en DJ las noches de luna llena
o quizás estoy exagerando
y en el fondo todo DJ quiere ser poeta
y todo poeta quiere ser DJ.

Hay una fábula en donde un DJ y un poeta caen en un pozo.
Empiezan a vocear y a vocear hasta
que un hombre se asoma y les tira una
cuerda para irlos subiendo poco a poco.
Sube al DJ primero y cuando se la
arrojan al poeta este grita que lo dejen abajo
y el hombre y el DJ así lo hacen, aguardan
en silencio y se marchan al rato.

Jorge Carlos Ruiz

Nació en 1979 en Bolivia. Estudió Filosofía y Letras, Antropología y Teología. Ha trabajado junto a comunidades indígenas en diferentes partes de Latinoamérica. Tiene publicados cuentos, artículos y es columnista. Recientemente ha participado del XXI Festival Internacional de Poesía de Bogotá.

Amazonas

Verde noche de címbalos
suspendido en el espacio
sobre el río maldito
ahora soy la noche
arriba de la misma noche

Las estrellas son los diminutos puntos que
camino
mientras esa vena oscura, poderosa y mortal
circula por mi espalda

Cercado por imanes, una partícula
tan loco entre la vida y de brazos abiertos
soy yo repleto de hambre
sin (c)olor bailo con la brisa

Mi sudor es el que me eriza
Cuando no hay donde caer
morirse ya no significa nada

Nacido para habitar al margen de las márgenes
paradoja de la puertas, camino de agua y hojas...
sortilegio de perpetuo inicio-sin-fin.

Neftalí Eugenia Castillo

Nació en República Dominicana en 1979. Poeta, radialista, docente. Estudió Filosofía y Humanidades. Actualmente cursa postgrado en Teología Sistemática en la Universidad Javeriana de Bogotá. En el 2009 inició junto al jesuita Prudencio Piña, el recital Una poesía para Dios en el Centro Fe y Cultura Roberto Bellarmino en Santiago de los Caballeros, R.D.

Mariposa

Volar, volar, volar

Quiero que mi vuelo
sea ligero,
como el de una mariposa

atravesar el valle
sin maletas

besar las flores
sin detenerme

para que nada distraiga
el vuelo de mi alma.

Diana Carolina Daza

Publicista y redactora creativa. Asistente a los talleres de creación literaria dictados por la Fundación Creativa Taller (2001). Participante del taller de escritores de la Universidad Central (2005). Sus textos se han publicado en revistas de Ecuador, Venezuela, Colombia, Chile y México. Algunas de sus publicaciones son: *El abrazo de los días grises* (2003), *Domingo vendedor de globos* (2010), y *El Nacimiento de la Gargoleana* (2012).

Herbario

Una hoja
como un beso olvidado en alguna esquina de
la piel nunca lleva las marcas de otra.

Cada una nace del deseo distinto de un árbol,
el agua que cae sobre una
resbala a destiempo sobre otra
esperanza para unas
nostalgia para otras.

Una hoja,
como el reflejo de una mujer volcando sus
colores
sobre la sombra de un hombre
mece en las líneas del rostro,
el insomnio de asuntos pendientes.

Chico Bauti

Escritor y periodista colombiano. Sus textos se han publicado en Alemania, España y Colombia. Algunas de sus obras escritas son: *La materia desaparece, pero el ejemplo queda* (2002), *Sin exilio* (2004), *Tránsitos de un hijo al Alba* (2011) y *Transeúntes y Migrantes* (2013). Ha realizado producciones visuales y documentales como: *De ida y vuelta* (Alemania, 2005), *ONIC 25 años* (2008, Colombia) y *Un viaje a Kankuamia* (2006, Colombia).

Soy el Ave

Soy el ave de pecho enardecido
de alas extendidas en el tiempo
soy un nido que alberga un corazón,
una ilusión.
No soy.

Efímero, fugaz
soy un recuerdo de mis padres
proyectado en la superficie
del amor.

Soy sexo y también pasión,
un ganador entre millones de intentos,
un atleta, renacuajo paseador,
vapor, transpiración
canción que un día ella y él
cantaron juntos.



Piedad Bonnett

Poeta, novelista, dramaturga y crítica literaria colombiana. Ha sido acreedora del Premio Nacional de Poesía de Colcultura (1994) y el Premio Casa de América de poesía americana (Madrid, 2011). Algunas de sus publicaciones son: *De Círculo y Ceniza* (1989), *Nadie en casa* (1994), *El hilo de los días* (1995), *Tretas del débil* (2004), *Las herencias* (2008), *El prestigio de la belleza* (2010), *Lo que no tiene nombre* (2013), entre otras.

Otro papel

Tú, la pequeña actriz, miras la obra que pensaste que había sido escrita para ti. Allí está todo lo que una vez soñaste representar: pasiones y caprichos y palabras

-palabras como nubes cargadas con la lluvia de una tristeza larga que habrías querido decir. Y silencios. Magníficos silencios. Y una tarde de sol como un regalo que llegara a una casa desolada.

Y el teatro vacío. Y tú en la última silla de la sala.



Omar Garzón

Sus poemas han sido publicados en revistas y periódicos de Chile, Colombia y México. Ha presentado su obra en festivales culturales, literarios y académicos. Entre 2011 y 2012 se desempeñó como tallerista de la Fundación Andrés Barbosa Vivas. Autor de los libros *Faro desnudo*, Liga Latinoamericana de Artistas (2011) y *Flores para un ocaso*, del mismo colectivo editorial (2013). Actualmente trabaja como profesor de Geografía y dirige el blog farodesnudo.blogspot.com

Aquelarre en Macayepo

Hoy cayeron piedras del cielo. Cayeron tantas veces que nuestros cuerpos tomaron forma de cantera:

A su choque con el suelo daban gritos de agonía. Cayeron como truenos cortando hasta el aire en nuestras bocas.

Hoy cayeron piedras del cielo y las ramas deshojadas de los árboles cobraron vida. A cada paso de su danza vespertina nos quebraban los brazos, las piernas, la voz y el cuerpo en la montaña ya no era nuestro.

Los montes se alzaron imponentes para ser testigos de la fiesta de los hombres: Ramas estacadas en los vientres, filos que salían de las venas, piedras en los ojos, llantos sin destino... Todo en la vitrina de la muerte, todo en el lienzo de la tierra

/ya salada, ya de cal.

Hoy cayeron piedras del cielo. De su paso por aquí solo queda el rastro de unas sombras y los campos removidos y las huellas de los niños y esta mano de algún anciano que partió sin ella.

Alberto Salcedo Ramos

Cronista barranquillero nacido en 1963. Recientemente ganador del Premio Ortega y Gasset de Periodismo y del Premio Internacional de Periodismo Rey de España (2013); además, ha sido cinco veces galardonado con el Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar. Forma parte del grupo Nuevos Cronistas de Indias. Sus crónicas han sido publicadas en Soho y El Malpensante (Colombia), El Laberinto (México), Ecos (Alemania) e Internazionale (Italia).

El secreto de Emili Griffith

Desde cuando se calzó los guantes por primera vez, a finales de los años 50s, Emile Griffith empezó a dejar tras de sí una estela de rumores. En los círculos boxísticos de Nueva York se insistía en que era homosexual.

Griffith no era amanerado, pero sí un hombre apacible fuera del ring. En todo caso, cuando sonaba la campana transpiraba rudeza. Se abalanzaba sobre el rival como un perro de presa, lanzando las manos sin tregua. Además era corajudo: aunque lo golpearan iba siempre hacia adelante, arriesgando el pellejo en cada embestida.

A ningún experto le sorprendió que ganara muy pronto el campeonato mundial del peso welter: era el rey indiscutible de su categoría.

El 24 marzo de 1962 Griffith se aprestaba a pelear contra el cubano Benny Kid Paret. Por la tarde, durante el pesaje, Paret le espetó una palabra castellana que Griffith no se esperaba.

Maricón.

Griffith la entendió perfectamente, pues tenía varios amigos latinoamericanos en el gimnasio de Gil Clancy, su manager. Así que cuando subió al ring se encontraba poseído por la ira.

En el sexto round estuvo a punto de ser liquidado. Súbitamente empezó a recibir una andanada de golpes, y no fue capaz de oponer resistencia. Si el árbitro, Ruby Goldstein, hubiese sido sensato, tendría que haber parado el combate y declarado ganador a Benny Kid Paret por nocaut técnico. Pero ya en aquel momento la Señora Fatalidad se había adueñado del ring.

En el round doce Griffith acorraló a Paret en una esquina y le asestó una lluvia de golpes, todos

en la cabeza. Goldstein, el referee, volvió a ser displicente.

Ya desde el momento en que recibió el segundo golpe era claro que Paret estaba noqueado aunque permaneciera en pie. Si Goldstein hubiera detenido el combate en ese punto le habría evitado, por lo menos, una docena de porrazos terroríficos.

En su relato sobre el combate Norman Mailer dedicó un extenso pasaje a este momento. Los golpes de Griffith se oían en todo el coliseo y, años después, seguirían resonando en la conciencia colectiva de los fanáticos del boxeo. Algo irremediable, según Mailer, ocurrió en la psiquis de los espectadores que se encontraban en el Madison Square Garden viendo cómo Paret se desplomaba.

El cubano murió diez días después y Griffith perdió desde entonces su instinto asesino. Se volvió mediocre. Tenía apenas veinticuatro años pero quería retirarse. El alivio que le quedaba era la solidaridad de sus amigos boxeadores.

Cuarenta años después Griffith admitió, por fin, que es homosexual. No lo reconoció mientras estaba activo –dijo– porque eso habría equivalido a un suicidio laboral. ¿Qué apostador habría arriesgado un peso por él si hubiera sabido que era gay?

Al salir del clóset los amigos se le alejaron. Entonces pronunció aquella frase triste: "cuando maté a un hombre me acompañaron; cuando dije que amo a un hombre me dejaron solo".

La historia dirá, eso sí, que Griffith fue un valiente cuando calló, y que también lo fue cuando decidió contar su secreto.

Martín Kohan

Escritor argentino nacido en 1967, conocido con el seudónimo de Miguel Cané. En 1993 publicó su primera novela *La pérdida de Laura*. En 2002 publicó *Dos veces Junio*, una novela basada en la dictadura militar argentina de los años setenta. También es autor de las novelas *El informe* y *Los cautivos*. En 2007 recibió el premio Herralde de Novela por su libro *Ciencias morales*. Es crítico literario del periódico El Clarín.

El tiro de Gracia

"Quien sobrevive al otro es siempre el traidor". Sándor Márai

Las tardanzas del invierno promueven en Santana una ilusión que, sin embargo, ha de ser necesariamente efímera: que nunca amanezca. Se engaña y lo sabe. Va a amanecer, de hecho ya amanece. Y con la luz del día llega también, según lo previsto, la hora de matar, la aquietada ceremonia de la ejecución del prisionero. Santana ha sido designado, junto con otros cuatro, para componer el pelotón que fusilará al traidor y hará justicia por unanimidad. Es sólo que, con el moroso pasar de las horas de la noche, impiadosamente alargadas por los brillos del desvelo, Santana fue entendiendo, muy a su pesar, hasta qué punto admiraba al declarado traidor, hasta qué punto lo deslumbraba lo que ese hombre había intentado hacer y por poco no había hecho.

No puede renunciar a sus deberes de soldado raso, y el sol ya sale. Pero no quiere matar al traidor. Resignado a participar del estruendo temprano que sellará la pena, toma de todas formas una decisión bien arriesgada. No va a matar al reo. Idea un primer plan, que es prescindir del disparo en el momento en que el sargento dé la orden. El estampido de los otros cuatro disimulará su sigilosa deserción de fusilador. Aunque el sargento, con la pericia o la sensibilidad que los directores de orquesta tienen para dirimir, escrupulosos, si un solo violín de la orquesta desafinó y cuál de todos fue, podría acaso detectar que en el coro de explosiones faltó un disparo, y que fue el suyo el que faltó. Concibe entonces una segunda alternativa, acaso preferible: tirará, pero apuntando a alguna de esas partes del cuerpo que, incluso destrozadas, no ocasionan una muerte. Un muslo, un hombro, una rodilla, una mano. Santana tiene pulso firme, buena puntería y rabia.

La venda oscura que lleva el ejecutado impide, no ya que él vea, sino que tengan que verlo ellos. Santana demora su tiro, cuando suena la orden y los otros cuatro disparan. Tira tarde y tira bajo, como para no matar ni lastimar. Algo extraño ocurre, sin embargo, con la caída del fusilado. No se desploma, no se viene abajo de manera fulminante, no se vuelve un arrullo repentino de ropa y de sangre, no se



derrumba. Caelento, casi flotando, y a medida que cae va girando despacioso sobre sí. La razón la sabrá Santana un poco después, y es que los otros cuatro tampoco tiraron a matar, porque cada uno especuló, lo mismo que él, con que matarían los demás.

El tiro de Santana, por demorado, tomó al traidor cayendo y casi de espaldas. En otras condiciones habría sido con certeza inofensivo. En estas pudo ser, justo a la inversa, el único que dañara. De hecho el fusilado llega ya muerto al suelo, sin precisar un tiro de gracia. Más tarde su cuerpo va a parar a una fosa que no admitirá señal alguna. Antes de empezar a remover las paladas de tierra, Santana se atreve a mirar de cerca los rastros de la muerte en el cadáver. Cuenta cinco orificios negros o morados. Cuatro de ellos en la parte anterior del cuerpo: dos en un hombro, uno en la cadera, uno en una pierna. La quinta bala entró de costado, es decir cuando el traidor ya caía, afeando la parte posterior de una oreja casi imposible de reconocer.

Esa noche Santana tampoco duerme. Aturdido por la evidencia de no haber sido dueño de sus decisiones, repasa los hechos de la mañana y se pregunta qué hacer. Del bolsillo de su saco de soldado aparece una pistola. Esa pistola alberga, él ya lo sabe, una sola bala. Abre el arma, saca la bala y la contempla. Un largo rato se la queda mirando, tan nítida como insulsa. Decida lo que decida –intentar la hazaña que casi consumó el fusilado, o en su defecto renunciar a ese intento y matarse– tendrá que hacerlo con esa bala, con ese grumo de metal oscuro que en la palma de su mano cabe con tanta holgura.

Alejandra Costamagna

Escritora y periodista nacida en Santiago. Ganadora del Premio a mejores Obras Literarias (2009) en la categoría Obra Inédita por su libro de cuentos *Animales domésticos*; y el Premio Altazor (2006) por *Últimos fuegos*. Sus dos primeras novelas, *En voz baja* (1996) y *Ciudadano en Retiro* (1998), le merecieron a Costamagna una muy positiva crítica del reconocido novelista Roberto Bolaño. Sus obras han sido traducidas al italiano, francés, danés y coreano.

Daisy está contigo

Tengo a tu perra, vas a decir. Has marcado el número que aparece en la medallita del collar junto con el nombre y un corazón de metal raspado, y has esperado cinco rings. ¿Aló? Cuando escuchas la voz al otro lado, sin embargo, no hablas. La primera palabra ajena que oyes en dos semanas. La misma voz insiste. Imaginas que detrás del tubo respira una boca. Una pura boca, sin cuerpo, sin huesos ya. Tengo a tu perra en mi casa, quieres avisarle a la desconocida. Y escuchar que la voz grite: «¡Oigan, apareció la Daisy!». Una voz viva, de quince o dieciséis años, imaginas, una voccecita insolente removiendo el aire de unos pulmones todavía sanos. Como era Alia antes del diagnóstico, quieres pensar. Darías cualquier cosa por imaginarla con el pelo en un moño, sandalias, bolsón cruzado entre pecho y pecho hacia la espalda, expresión de una vida a salvo. Pero no, el cerebro te manda un dibujo gastado, otra cosa. ¿Aló? La desconocida quiere saber quién está ahí, aló, quién habla. Y tú no hallas nada mejor que machacarla con un silencio inhumano. Después cortas y escuchas el eco de un resoplido que supones tuyo.

No has salido de la cama para hacer favores a extraños. Si abriste la puerta fue sólo porque los aullidos del animal casi rajaban el endeble tejido de tu discernimiento. La perra ahora husmea la planta que dejó Alia sin regar; el único resto viviente. Durante los últimos días la muchacha se limitó a respirar. Apenas arañar el aire. La perra emite un ladrido que te devuelve a la Tierra y sin darte cuenta discas el número dos, tres veces más para escuchar una sola voz, siempre la misma, con aterrada fascinación. Llamas y cortas. Cómo quisieras que esa voz no estuviera tan viva, te da tanta rabia el entusiasmo que arroja la desconocida. Daisy se ha echado sobre las rumas de papeles, los trabajos por corregir que ya no vas a corregir, porque tu futuro es de golpe una celda vacía.

Recién entonces puedes ver el cuadro completo al otro lado del teléfono, quizás dónde. La dueña de la misma voz, desesperada, terminando de escribir los carteles de «Se busca perrita perdida» y a continuación las señas de una quiltra con nombre de

plan de emergencia o dibujo animado, ascendida a pastor alemán. La dueña ofreciendo una recompensa millonaria por Daisy, como si fuera un secuestro de Estado. Y de repente el teléfono. La dueña con los dedos cruzados: que sea la Daisy, Diosito, que sea la Daisy. El teléfono aullando, cinco rings y tú al otro lado. La dueña: ¿aló? Tú: aló, tengo a la perra, ¿cuánto ofreces? Tu oído recreando diálogos que te saquen del infierno clínico de las últimas semanas. La perra moviéndole la cola al teléfono, apostando a que su ama ya viene al rescate.



La dueña dispuesta a pagar billones con el tubo en la mano, ¡aló! Tu oído escuchando esa voz imposible, de otro tiempo: Alia antes de las endoscopías, las cintigrafías... Los ladridos fulminantes que de golpe te delatan y te hacen discar por enésima vez el número de la medallita y por fin decir aló, tengo a tu perra. Y confirmar que sí, que Daisy está contigo. Sin una pizca de razonamiento te entregas a la desconocida como un desertor y escuchas la euforia en la respuesta de la propietaria de la voz y de la perra cuando dice perrita de mierda, no como un insulto sino con un amor profundo, y te pide la dirección y en un pestañeo te escuchas soltando Seminario 427 como si no fueras tú sino tu eco quien habla, y el eco respondiera con su canto al aire que sí, niña, por supuesto que puede pasar por la perrita cuando se le antoje. Piensas que los susurros de Alia se han filtrado desde un más allá recóndito por el tubo del teléfono y ahora vienen directamente a tus oídos o a los oídos de quien escucha por ti a través del tendido eléctrico y nadie va a detener su correntosa vertiente.

“Por supuesto que puede pasar por la perrita cuando se le antoje”

Que sí, niña, te dan ganas de lanzarle al oído, que tienes todo el tiempo del mundo para cuidar perros, plantas, canarios, para hablar con voces imposibles, con espectros, ¿que acaso no ve que eres un remolino, que ya no eres un hombre? Que sí, que venga por la perra de una vez por todas y por ti; sobre todo que venga por ti, cabrita, que te alimente, te vuelva a regar ahora que por fin has salido de la cama. Pero la dueña de la voz apunta la dirección en la palma de su mano, supones, sollozando de alegría o de nervios, apenas capaz de preguntar si la perrita está bien, señor, y acto seguido ofrece un millón de gracias, oiga, y ejecuta con su clic ese silencio pastoso que te deja solo otra vez con el animal aguachado entre las plantas de Alia porque sabe, supones, que esto es una visita y no dura toda la vida, bah, como si algo fuera a durar toda la vida. La perra que encontraste hace diez o más horas en la puerta de tu casa, gimiendo para ti, confesándote quizás que con toda su garantía, se acerca y te huele las sospechas y te dice olvídate, huevón. Sóbame el lomo y cambiemos el caracho. ¿Y qué más vas a hacer? Daisy se echa de espaldas en la alfombra del living, con las orejas aplastadas, y tú acaricias con más inercia que buena gana ese atado de pelos. Hasta que algo, la respiración pausada del animal, la monotonía de la palma peinando el espinazo, el cansancio acumulado, las últimas cien noches de

desvelo con Alia tratando de aliviar las punzadas, métale calmantes, la sola estaca de Alia en tu pecho, algo involuntario y acaso anterior a la civilización humana hace que te duermas en la alfombra. En el sueño estás frente a un pájaro gigante.

El pájaro abre la boca y tú entras y te deslizas por el pasillo de su garganta, que es anaranjada y viscosa como la tela de una cortina antigua, pero de golpe dejas de ser tú y eres Alia que se encharca entre los fluidos del pájaro. Alia anaranjada y viscosa en el sueño que ahora suena y se te clava en los oídos. Un ruido punzante, el timbre. Abres los ojos y ves a Daisy desparezándose a tu lado y moviendo la cola con el vaivén de un péndulo. Perrita de mierda, dices.

El timbre vuelve a sonar. Corres la cortina y te parece ver una sombra detrás de la reja. Piensas que nunca debiste discar el número de la medalla, que no debiste decir aló, tengo a tu perra, que la inercia te traicionó otra vez. Sospechas que la dueña del animal está aquí para encenderte una vela a la altura de los ojos. Te dirá lo siento, lo siento mucho, pero qué va a sentir una mocosa. Entonces le vas a describir los aullidos, te vas a sacar el corazón con una mano, y va a ser imposible imitar los rumores atorados de Alia que ya nadie escucha porque ese sonido se incrustó demasiado adentro en tu cráneo mientras ella perdía el aliento. Y después las condolencias gangosas y los sentidos pésames. Y al final ese silencio que te aplastó entre las sábanas. Hasta que escuchaste los rasguños en la puerta diez, doce, quizás cuántas horas atrás y te levantaste y encontraste a la perra moviéndote esa misma cola que ahora bate como el aspa de un ventilador y te ladra con eco, totalmente excitada.

Te asomas otra vez por la ventana. Buscas unas sandalias, un moño, un bolsón cruzado entre pecho y pecho hacia la espalda, la expresión de una vida a orillas de cualquier compostura. Pero lo que ves allá afuera es un espectro. Un cuerpo al que le han chupado la materia y le han dejado el puro cuero. Alia extinguiéndose o emergiendo de un lugar improbable, imaginas. Temes que sea una señal, pero no tienes idea de qué. La perra vuelve a ladrar con ese entusiasmo exasperante cuando siente el tercer timbrado, y parece compadecerte. Déjate de huevadas, te pide el animal. Es exactamente lo que haces. Miras por última vez la medalla con el corazón raspado, levantas el citófono y escuchas con aterrada fascinación. Una sola voz, siempre la misma. Pulsas el botón, dejas que entre. Tienes tantas ganas de aullar.

Tomado de Animales domésticos (Random House Mondadori, 2011)

Alberto Jodra

Filósofo y escritor aragonés, recientemente galardonado con el premio Tiflos de Literatura 2013 por su primera novela *El aroma de la pólvora*. También es autor del libro *Doce sombras* (2011), una colección de doce relatos diferentes que nos muestran cómo, de una manera u otra, nos enfrentamos al vértigo de una encrucijada que nos cambiará la vida. Trabaja en su próxima novela que se sumerge en la antigua Zaragoza de los años 20.



Su lugar en el Mundo

Miguel Obando encuentra semejanzas entre el rumor del mar y el estrépito de voces que asciende desde las calles que rodean la pensión donde esta noche encuentra cobijo. Estamos en la antigua judería de la ciudad, al costado de la iglesia de Santa Magdalena, y aquí los edificios se amontonan unos sobre otros, disputándose el espacio desde hace siglos. Entre vivienda y vivienda, las callejas empedradas se retuercen como un curso de agua dividido en pequeños cauces por distintos desniveles. La vida transcurre encajonada y en penumbra sobre un tapiz de musgo que no conoce la luz del sol, y los sonidos rebotan en las fachadas de ladrillo con un eco pertinaz e interminable.

A pesar de los esfuerzos del Directorio Militar, estas calles estrechas y escurridizas acogen a muchos de los que no saben cambiar de vida. En este barrio, los desvelos del gobierno no quitan el sueño a nadie y los cabarets, prostíbulos y salones de juego conservan un público nutrido y perseverante que no se esconde. Muchas de las voces que Miguel distingue contienen una elevada tasa de alcohol en sangre, y los juramentos y maldiciones que se dedican los transeúntes en este laberinto de sombras le llegan nítidos y cercanos, como si en realidad fuesen vociferados a los pies de su cama.

Sin embargo, a pesar del ruido y del frío que se cuele por las heridas del muro, llagas de la revolución

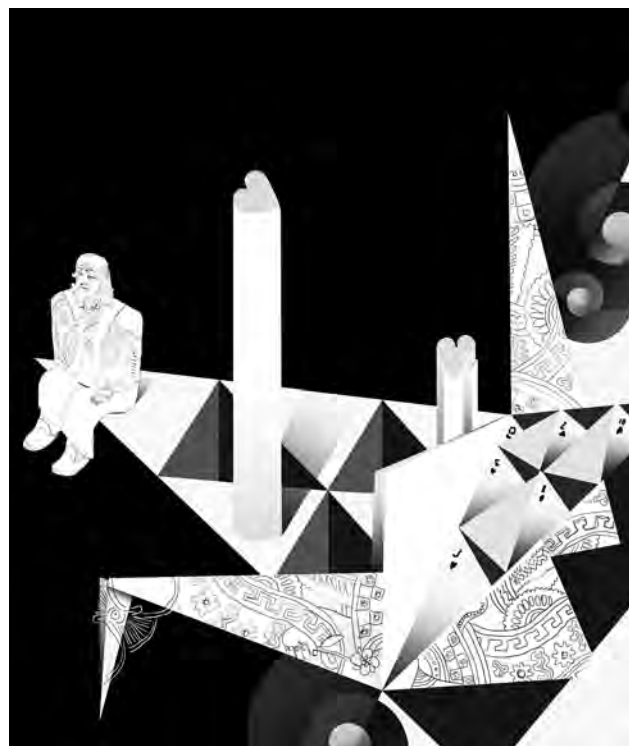
heroica cien años antes, Miguel ha conseguido dormir unas horas, no sabe cuantas pero se ha despertado lúcido y empalmado. El papel pintado en las paredes, superpuesto en varias capas sobre las cicatrices de guerra, se abomba por la presión del aire gélido que pugna por entrar del exterior y produce un zumbido discontinuo que no distrae a Miguel de tocarse el miembro duro mientras se recrea en recuperar las imágenes de placer que poblaban su sueño antes de despertar sobresaltado y húmedo. Pilar soltándose el cabello, la blusa desabotonada a medias, los labios entreabiertos acercándose a él, los ojos negros clavados en los suyos y las manos despojándole del abrigo, de la camisa y, después, resolviendo con habilidad el acertijo del cinturón enroscado a su cintura de hombre recobrado, el bulto creciendo en el nido de su pantalón y bombeando sangre y deseos hasta que ya no puede contenerse más y el semen cálido y pegajoso fluye a borbotones para dejar un rastro estéril en su vientre y en las sábanas amarillentas de esta pensión de pobres.

Como bien sabemos, lo que sigue a una masturbación urgente y desesperada es una sensación de miseria y suciedad que crece y crece al tiempo que recuperamos el resuello y la consciencia. Miguel se olvida casi de inmediato del placer efímero y los ruidos de la calle, el frío que se filtra entre los sillares centenarios, las manchas de humedad que pueblan el techo y sobre todo los dedos pringosos de su mano izquierda cobran presencia y le recuerdan que está solo y a oscuras en una ciudad que desconoce. Las imágenes de Pilar, antes eróticas y atrevidas, cobran forma de nuevo con la severidad y la distancia habituales, empeoradas por la última crisis de pareja que concluyó entre gritos y maletas en la puerta. Cómo sucede después de cada pelea, Miguel olvidó pronto los gestos de furor y cansancio y se rindió en la distancia al recuerdo de su aroma entre las sábanas. De ahí a soñar con ella sólo faltaba dormirse, y de ahí a complacerse con sexo imaginado sólo necesitaba un minuto en soledad, así de simple es la biología del hombre.

Se levanta de la cama cubriéndose del frío con una colcha apollillada y se lava las manos en la palangana de agua helada que la patrona dejó en el suelo junto a la ventana, El cuarto de aseo del pasillo está obstruido, recitó la mujer con desgana, Si necesita hacer algo más que lavarse, salga al corral de atrás, instrucciones que no todos los pensionados siguen al pie de la letra, ahora mismo

se oye con nitidez el caudal de orines que alguien deja correr al otro lado del tabique que separa los cuartos, pronto la estancia se llenará de una peste ácida que ya impregna las tablas del suelo como una segunda piel. Hasta aquí me ha traído mi mala estrella, se compadece Miguel, arrepentido cada día más de sembrar en Pilar mentiras y falsas expectativas. Al otro lado de la ventana, empañado el cristal por el vaho de su respiración, Miguel contempla la arquitectura de la iglesia mientras limpia uno por uno sus dedos sucios de sexo en solitario, Qué raro encontrar un rastro de lujuria en estas circunstancias, se dice, olvidando que el deseo es y será siempre una vía fugaz de escape al alcance de la mano, valga la figura retórica especialmente en este caso, donde la intimidad alcanzada entre las manos y el miembro erecto bajo las sábanas ha permitido a Miguel olvidar por algunos instantes el peso de sus desdichas.

Cuando se quita los calzoncillos y se baldea el brote mustio de la entrepierna con salpicaduras de agua helada, la luna insolente asoma por detrás del campanario y enmarca la escena con una impertinencia que no sobresalta a Miguel, resignado al parecer al cariz indigno que toma su vida. Desnudo y raquítico, el sexo marchito por el esfuerzo inútil, la piel surcada de cicatrices antiguas y la mirada hundida, Miguel lava sus calzoncillos frente a la ventana iluminada que representa hoy mismo su lugar en el mundo.



Tatik Carrión

Nació en Chía (Colombia) en 1985. Docente de español y literatura, gestora cultural y escritora. Directora del Encuentro de Escritores "Fuerza de la Palabra". Ha publicado en la *Antología de Poesía, Solamente Palabras* (2004) y la Revista Virtual "Ojo en la tinta" (2012), entre otras. Finalista del I Premio Nacional de Cuentos, La Cueva (2012) y ganadora del Premio Narrativas Culturales de los Grupos de Interés del Ministerio de Cultura (2012).



La espera

No me gusta que me digan "señora" cuando apenas tengo 32 años y no tengo ni marido ni hijos. No puedo decir que soy una reina de belleza pero tampoco soy la más fea del barrio. Mi rostro revela quizá mayor edad debido a una vida llena de dolores y problemas. Uso cremas de todo tipo y me hago mascarillas día de por medio para evitar las arrugas; sin embargo, sonrío y lloro demasiado, quizá por eso las mascarillas no me hacen efecto. De todos modos me maquillo con esmero, sobre todo hoy que vendrá Darío. De esta noche no pasa. Me lo anunció el martes, cuando tuve pesadillas... Se lo diré todo y así mismo, le preguntaré por los tiempos difíciles entre nosotros. Escucharé todo lo que me diga, así sea cruel. Trataré de comprenderlo.

Cambié los muebles de lugar. Hace mucho tiempo que todo estaba intacto, así es mucho más fácil recordar. He comprado flores e incienso. Ahora suena repetitivamente nuestro adorado Chopin. (Nos enamoramos en la clase de pintura con el nocturno). Tengo tantas cosas para decirle, que

la mayor parte del tiempo me la paso haciendo monólogos, primero en mi cabeza y luego verbalmente mientras arreglo nuestra casa. Han sido tres largos años de ausencia.

Recién llegué de la calle. Estuve en el centro comercial comprando espaguetis y postre. Todos los viernes voy a "Il Piatto" me encanta su decoración. Aproveché y le dije al joven que lo atiende, que me gustaría que no me dijera más "señora". ¡Pobre! Le dio vergüenza. De todos modos era mejor decirselo. Lleva trabajando tres meses y si se va a quedar más tiempo, pues mejor que me diga "Katie" que es como me llamo. Prometí llamarlo por su nombre: Michael.

Bueno, me dejo de tonterías. ¡Llegó la hora! Encenderé las velas y pondré de nuevo "Nocturno en si mayor". La mesa está servida. En mi lugar el espagueti y el postre, en el de Darío su vaso con agua.

Quienes reposan en el infierno les da mucha sed.

Andrea Echeverri

Escritora, docente y comunicadora social colombiana. En 2002 obtuvo Mención de Honor en el Premio Nacional de Novela Ciudad de Bogotá por *Umbrales* (2004). Su siguiente proyecto, *Cien amantes*, ganó la Beca de Creación del Ministerio de Cultura (2005). Su libro *Amores clandestinos* obtuvo mención especial en el Premio Nacional de Cuento Ciudad de Bogotá (2011).

Al otro lado de la Puerta

Empieza a filtrarse un sutil rayo de luz azul por la ventana. Se percata entonces de que no ha dormido otra vez; sin darse cuenta, pensó toda la noche, pero, como siempre, nada queda claro. Y lo invade esa desidia lúgubre, la misma de ayer, de anteayer, de la semana pasada. Enciende la radio y se intenta dejar llevar por la música, pero sigue pensando, infravalorándose, diciendo para sus adentros "No, mentiras, soy un verraco", con la certeza secreta de que este día va a ser igual, de que nada va a pasar.

Y el día transcurre, y dicta sus clases, discute con la Martínez, quien de nuevo, inteligente, refuta sus planteamientos, no tan bien como para dejarlo como un estúpido delante de los demás alumnos, pero sí haciéndolo sentir terrible por dentro... y lo peor es que esa sardina, aparte de brillante e irreverente, es atractiva, y eso lo enerva.

Y en la revista nada va mejor. Imprimieron mal un título, pusieron al revés la foto de un cuadro, y al cerrar edición, aunque considera que su escogencia de los artículos es bastante acertada, y sabe que el central logrará generar polémica, descubre que por quinta vez se ocupó tanto de la armada que tampoco hay ningún texto suyo en ese número...

Y de nuevo le toca esperar a Angélica, nunca aprenderá a ser puntual, y se enfurece, como todas las veces, mirándola agriamente cuando llega, la misma mirada de todas las citas, pero ella siempre trae una excusa, y sonrío; viene con una anécdota que contar, algún libro o artículo para mostrarle y su ánimo optimista que sostiene esa relación sin sentido. No entiende cómo puede seguir enamorada...

Van al apartamento de ella, comen, hacen el amor. Pero el amor ha dejado de ser aquello que lo hacía sentir de esa forma tan especial, que lo apartaba de sus libros, que lo desconcentraba en clase, que le daba un sentido distinto a la existencia. Ahora es algo rutinario; no sólo con Angélica, cada que hace el amor le queda un vacío insondable. Tras sus ruegos, acepta quedarse a dormir en el apartamento de ella.

Está cansado. El abrazo de Angélica le proporciona un calor agradable, pero no consigue conciliar el sueño sino por momentos. Ese descubrir que está pasando el tiempo, que el tiempo pasó, que tantos proyectos vitales y creativos que lo acompañaron por lo menos durante los últimos veinte años no llegaron a estructurarse, que aparte de ser un buen profesor, decente escritor, bueno, sí, tal vez muy buen editor, con una posición estable y respetada, con una mujer hermosa, inteligente y deseada al lado, y otras cuantas esperando una llamada, no había logrado nada grande en su vida, que cinco años después de que muriera nadie se acordaría de que existió. En verdad no era lo suficientemente lúcido, no había traído a la luz ninguna teoría que hubiese roto un esquema, que revolucionara algún campo... Ese descubrir que se acaba la propia historia sin que pase nada no es más que la forma de reconocer que se está vivo, pero, ¿para qué? ¿No da lo mismo estar en otra parte, o no estar, o ser otra persona? El hecho de existir no trastorna la realidad.

Cuando Angélica lo despierta, se da cuenta de que se le fue otra noche entre las manos, y de que desperdiciará el día que le es entregado. Mientras ella prepara el café, sin que lo note, se va, decidiendo, sin fundamento, que no va a volver. Que tampoco dará clases, ni irá a la revista, ni se encontrará para almorzar con esa inquietante escultora que conoció la semana anterior.

Sin ser muy consciente de sus actos, compra un pasaje de avión para un país asiático; sabe que tiene en su poder todo -sí, ¡todo!- el dinero del préstamo para la revista. Va por su pasaporte y algunas cosas. Tiene una larga tarde de espera antes de irse, por fin, a donde nadie lo conozca, ni lo respete, ni lo aniquile. Y siente, por un corto instante, esa sensación maravillosa e ilusoria de expectativa, de creer que se tiene todo por delante.

Carlos Castillo Quintero

Cuentista, novelista, poeta y editor colombiano nacido en Miraflores (Boyacá) en 1966. Ganador del Premio Nacional de Poesía Universidad Metropolitana de Barranquilla, del Premio Nacional de Cuento convocado por el Ministerio de Cultura y dirigido a Directores de RELATA (2011), del Premio Nacional de Cuento Universidad Central (2012) y del Premio Nacional de Cuento convocado por el Ministerio de Cultura y dirigido a directores de RELATA.

Historia de Amor

En una libreta roja escribe: *No sé si comencé a leer a Cortázar porque me gustaba el jazz, o lo contrario*. Lee la frase, la corrige, la borra. Con disimulo mira a su alrededor. Nadie. Hay gente en el bar pero nadie se ha fijado en ella. Le saca punta al lápiz con el que escribe y regresa a la libreta.

Todos los sábados Felisa va a ese bar, se sienta en la barra —siempre en el mismo lugar— y pide ginebra. Hoy viste minifalda de jean, blusa blanca, chaqueta y botas de cuero. Tiene el cabello liso, pequeños aros de plata en sus orejas y la nariz, una cadena con un Cristo que brilla y los labios azules, casi negros. Se ve bien. Lo nuevo: el cabello liso es una peluca. La idea se le ocurrió hace meses al leer una noticia: "En 1998 Jonathan Keller compró una cámara digital y desde entonces se ha tomado una foto diaria, cada día cambiando su aspecto". Ella lo hace semanalmente.

Bebe. Las paredes del bar están llenas de fotografías de cantantes, de músicos. La mayoría son de raza negra: Lester Young, Miles Davis, Charlie Parker... Felisa mira esas fotos. Los ama a todos. Escribe: *Pasé varias semanas viendo "Los reyes de la colina" y comiendo helado de vainilla*. Va a borrar la frase pero Louis Armstrong ha iniciado con *La vie en rose*. Ese tema la mata. Bebe despacio, cierra los ojos y siente que esa voz recia la rompe por dentro. Y así se queda, durante varios minutos, sin que nadie note su ansiedad.

Al regresar a su apartamento está cansada y un poco ebria. Se da una ducha caliente y, desnuda, se tiende en la cama. Es una cama grande, como un mundo. Felisa arde. Desearía tener valor para tocarse, pero ni siquiera eso. Se queda mirando la lámpara del techo, sin un cigarrillo porque ya no fuma: el médico le dijo que si no paraba de fumar se iba a morir de cáncer, como su papá. Se duerme. En sus sueños Louis Armstrong la mira.

Hasta que por fin sucede: él está ahí. Felisa tiene gafas con marco negro, viste un sastre rojo con la falda muy corta, medias veladas de malla y tacones de 12 cm. Tendido en una de las mesas del fondo él la mira. *Mi príncipe azul ha venido desde el mar de luces de la ciudad*, ha escrito ella en su libreta. Lee. No borra la frase.

Edith Piaff canta *La foule* y Felisa pide otra ginebra. Bebe, de una sola vez, y pide de nuevo. Él está muy ebrio. A intervalos levanta la cabeza y le sonrío. Felisa, al principio, hace como si no lo hubiera visto. Al rato, le devuelve la sonrisa. El tipo va hasta la barra y le dice que lo invite a un trago. Beben.

Cerca del amanecer salen. Caminan tomados de la mano hasta el taxi. Antes de eso el príncipe azul le ha contado a Felisa partes de su corta y desgraciada vida, ha vomitado y ha dormido un poco. Ahora está repuesto: ella le ha hecho tomar varios vasos de agua con sal y limón, y dos Alka-Seltzer.

Cuando entran al cuarto él, todavía vestido, se tiende sobre la immaculada cama de Felisa y le pide que le haga sexo oral. Ella siente que no puede, que no quiere. Él insiste pero Felisa le dice que no, que mejor se vaya. Intenta echarlo pero el príncipe, que ahora parece estar en sano juicio, no se va. Se levanta, apaga la luz y en la oscuridad la besa, a la fuerza, le desabotona la blusa. Es joven y fuerte, quizá trabaja como obrero en una construcción por aquí cerca, piensa Felisa, sin razón, ya que él le ha dicho que es DJ ocasional en una discoteca del centro. El tipo, sin dejar de besarla, la tiende sobre la cama, le rompe las medias, saca un miembro que ella percibe más bien insignificante y la penetra. Ella, mientras tanto, mira la lámpara del techo y en la penumbra imagina cada una de sus formas. Antes de que el príncipe azul termine, Felisa ha decidido que de ahora en adelante volverá a fumar, así le de cáncer.

Germán Gaviria

Licenciado en química, escritor y editor colombiano, nacido en 1961. Ganador del Premio Nacional de Literatura Novelada Inédita de Ministerio de Cultura 2011, fue así mismo finalista en 2006 del premio Herralde de Novela. Con su obra *Olfato de Perro* intentó lanzar una mirada sobre la vida contemporánea en Colombia, abordando lo que significó el movimiento de la izquierda en los años 60 y 70, hasta el surgimiento del paramilitarismo.



Fantasia

Fue tan sorprendente que me miró confundida cuando enterré el lápiz en su corazón. Estábamos bocarriba, en eso de conversar, de tocarnos suavemente, le pregunté no sé por qué por su fantasía sexual y cuando contestó, supe que nunca la podría saciar. Me reí por lo bizarro de su gusto, aunque me aterró su honda bajeza. A su vez, ella me preguntó por mi fantasía. La verdad, jamás lo había pensado, tuve que reflexionar. Apenas lo dije, hizo un gesto de que no era gran cosa, pero reconoció que ella tampoco la podría satisfacer, dejamos de acariciarnos. Nos quedamos callados, empezamos a jugar con los pies; primero para calentarnos, luego con más gusto, pensé que debía hacerle el amor de nuevo. Nos besamos, pero no me ofrecía su boca del mismo modo, apretaba levemente sus piernas mientras sonreía. Desilusionado, me tendí a mirar el techo,

a oír música. Si antes estuve fascinado por los detalles de nuestra intimidad, de pronto ya no sentí tanto gusto por ello. Ella me rozó con la punta de los dedos, me sobresalté, preguntó por mi trabajo, si tendría que levantarme temprano, si había cereal para el desayuno, si el fin de semana iríamos a cine. A todo contesté que sí, pero no dejaba de imaginarla en su fantasía, en la situación demasiado horrenda a la que me vería abocado si quisiera satisfacer su deseo. Recordé instantes de su vida pasada, nada distinta a la de una mujer normal, pero había algo oscuro. Le dije que la amaba, deseaba colmar su fantasía, pero se puso seria, contestó que ni lo soñara, pidió que le pasara un cigarrillo, fue cuando tomé el lápiz.

Estoy en prisión, no me arrepiento de haberla satisfecho.

Sergio Gama

Filósofo y Magister en Literatura de la Universidad de los Andes con Especialización en Escritura Narrativa de la Universidad Central. Lleva 6 años desempeñándose como Subdirector de la Fundación Fahrenheit 451. Editor de varias antologías de cuento y crónica. 1er Premio en el Concurso Mundial de Cuento y Poesía Pacifista 2009. Mención de Honor del Concurso de Microrrelato Esperando a Godot (2008).

Alcides de Alcmena



Don Alcides iba a Chigüe una semana al mes y se hospedaba en el hotel Alcmena, que alguna vez fue de su familia. Llegaba el domingo en la tarde y se devolvía a Bogotá el domingo siguiente en la mañana, con una resaca muy grande. Él iba y venía por el único camino que llevaba al pueblo, un camino muy empinado y sin pavimentar. Apenas llegaba, dejaba sus cosas en el Alcmena y salía a la tienda de al lado. Apenas estaba por llegar, los de la tienda alistaban una canasta de cervezas vacías en la entrada, donde Don Alcides siempre se sentaba. Apenas empezaba el domingo, las personas del Alcmena, de la tienda y sus amigos alistaban la chicha y la comida para las tardes y las noches de esa semana.

Durante los primeros años se sentaba y hablaba de lo que había en Bogotá o de lo que había conocido en sus viajes a la costa o en sus trabajos por todo el país. Luego, desde que encontró ese libro al que le faltaban la portada y el comienzo, se sentaba y cada tarde les leía un capítulo, para después hablar de lo leído e imaginar aquellas páginas que hacían falta. Las personas no se ponen de acuerdo sobre lo que hacía durante la mañana, cuando no leía ni estaba sentado en la canasta. Algunos dicen que le gustaba caminar por los cultivos y ver las plantas; otros, que hacía reuniones clandestinas con los de su partido que vivían en el pueblo y en las veredas cercanas; y otros, que tenía una mujer e hijos de los que ni su esposa ni su familia en Bogotá tenían conocimiento. El libro contaba historias de gigantes, de enanos, de demonios, de un señor llamado Carlo Magno y de Europa. Por una razón que nadie se logra explicar, siempre alguien hablaba de los dinosaurios, de cómo nos parecemos a los monos o de las mentiras de los curas con eso de que Dios creó al hombre en siete días y luego descansó. Muchos reían, tomaban chicha, escuchaban la lectura, comían y hablaban; los que sabían leer, leían una página.

Hubo quienes aprendieron a leer con ese libro; y casi todos les pusieron a sus hijos por nombre los de personajes o lugares del libro, incluso palabras que no conocían, como 'antiparras'. Todos hicieron que sus niños se aprendieran de memoria alguna oración en que aparecía su nombre, aunque dijera algo tan banal como '...y en medio de la tarde las antiparras del chofer se llenaron de...'. Y hubo algunos que terminaron por saludarse recitando de memoria aquella frase en particular, como si esa frase fuese ellos mismos.

Cuando Don Alcides dejó de ir, porque su partido había perdido el control de la región y los del otro lo buscaban para matarlo, les dio el libro, y la gente tomó las páginas y se las repartieron. Cada uno tomó una página en que apareciera su nombre y la enmarcó en su casa, como si fuera su retrato. Meses después, pintaron en la fachada de su casa, con su mano y letra, lo que decía la página; algunos no sabían escribir, pero conocían tan bien las palabras que, sin saber lo que decían, podían reproducirlas con una ortografía envidiable. Al final, en las fachadas se podía leer la historia, el libro completo, salvo la portada y las tres primeras páginas. Era ese libro que leía Don Alcides el que recibía a todo el que llegaba a una casa del pueblo.

Desde hace algunos años la gente dice que Don Alcides regresó a Chigüe, décadas después de su muerte. Pero sin tener cultivos para recorrer, ni partidarios para organizar ni familiares para abrazar, se la pasa leyendo las fachadas de las casas durante las últimas horas de la noche de los domingos. También dicen que finalmente encontró las páginas que hacían falta y a veces lo ven sentado afuera de la tienda o recorriendo el Alcmena, esperando a que lleguen a escucharlo y él pueda contarles lo que ellas decían.

José Zuleta

Escritor nacido en Bogotá en 1960 y radicado en Cali. Director de la Fundación Estanislao Zuleta (1992 a 2008). Orienta el programa Libertad Bajo Palabra en 15 cárceles de Colombia. Ganó el Primer Premio nacional de poesía "Carlos Héctor Trejos" (2002), el Premio Nacional de Poesía "Descanse en Paz la Guerra" y el Premio Nacional de Literatura a Cuento Inédito del Ministerio de Cultura (2009).

Escribir y leer, --- la partitura de las palabras.



Hay un momento en el que el escritor alza su voz y aprecia aquello que eran dibujos como sonidos, entonces se produce un milagro: lo que había escrito, lo que había articulado como grafismos, se convierte en una criatura sonora y cobra una nueva dimensión.

Las palabras se nos revelan como música, a partir de ese momento nos deleitamos saboreando su doble condición de sentido y sonido. Ordenarlas no será lo mismo desde que esto se hace evidente. En adelante, al elegir las palabras, atenderemos no sólo su precisión o fortuna para expresar lo que deseamos expresar, sino también su aspecto sonoro, estaremos atentos al resultado que produce una palabra al lado de la otra, luego apreciaremos el conjunto que forma una oración, una frase, y podremos advertir, gozar de su armonía si está lograda, o trastabillar en su arritmia, en sus imperfecciones fonéticas, en su desatino rítmico, cuando no suena bien.

Recuerdo con placer el miedo que sentí la primera vez que leí en público. Lo mío era la

comodidad del anonimato. Escribía en la cómoda estancia del onanismo, sin preocuparme de si lo que escribía está bien o mal. Esa feliz, adánica manera de escribir, se derrumbó el día en que, después de muchos años de placeres solitarios, me vi ante una extraña invitación a leer en público. La perspectiva de exponer a otros mis íntimos sucesos me aterró.

Cuando leí en voz alta lo que iba a ofrecer, aparecieron con una nitidez milagrosa todas mis taras y excesos, los innumerables y abrumadores desaciertos. Quise que me tragara la tierra. Sabía que lo que iba a hacer era un acto irresponsable, y más que nada, un acto de superflua vanidad.

Pero había dicho que sí. Me apliqué a corregir, busqué ayuda, compartí a un amigo escritor, lo que pensaba leer. Él, con su habitual serenidad tomó en sus manos el que pensé era mi mejor logro literario. A continuación vi con terror cómo rayaba con un bolígrafo rojo cada línea de mi escrito. El texto quedó lleno de tachones y marcas. Al final el poema parecía una criatura agonizando en medio de la sangre y los

cuchillazos propinados por su primer lector. No tengo con qué pagar aquella matanza.

Aprendí que cuando un texto busca otros ojos, otros oídos, entra en el mundo de lo que ya está escrito, y se sitúa en un escenario en el que muchos grandes talentos han desplegado sus alas: entra en el mundo de la literatura.

Nacer como aspirantes a escritores es algo apabullante, pero si ya hemos dicho que sí, entonces comenzaremos una larga, si se quiere infinita tarea; la de aprender a desprendernos de nosotros, de nuestra vanidad, de nuestras aparatosas grandilocuencias, y más que nada, de la ilusión inicial que se complacía con el valor íntimo de nuestros escritos.

Lo que trato de hacer en el taller que dirijo en la biblioteca es ayudar a otros a desprenderse de sí, procurar que encuentren sus limitaciones, que aprendan a reconocerlas y logren comprender que escribir es una lucha contra uno mismo. Contra nuestros prejuicios, contra nuestras verdades. Contra el lastre que acumulamos al ser más orales y razonables, que libres.

La lectura en voz alta es parte de su trabajo de aprendizaje. Leer en público es parte del asunto a la hora de testear nuestros textos. He repetido que el único taller es el texto en el que trabajamos y el mejor maestro, aquel que es capaz de confrontarnos, de exigirnos, de ayudarnos a descifrar nuestros yerros.

La calidad de un texto reside en gran parte en el nivel de auto exigencia que posea el autor. Así, de la calidad de su propia crítica, dependerá la calidad de su escritura.

Desde muy niño advertí que podía penetrar en la belleza de las cosas, atisbar la esencia de los seres, percibir el canto de la existencia. No sabía muy bien que era aquello, pero me hacía muy feliz, me producía gozo y una ebriedad saludable e involuntaria.

Todos tenemos esa capacidad, escribir no es otra cosa que traducir esa experiencia, convertirla en palabras y en música.

